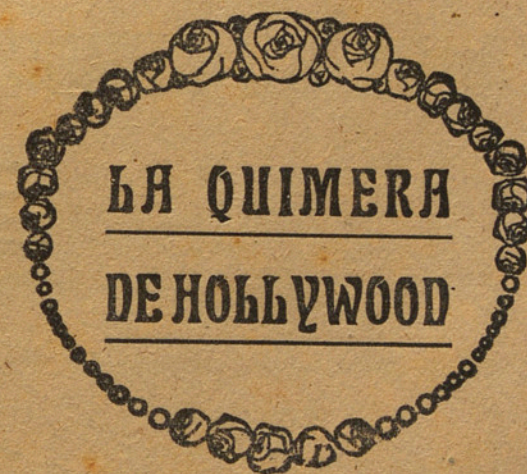


LA QUIMERA DE HOLLYWOOD

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS



JOAN FONTAINE Y NINO MARTINI



LA QUIMERA

DE HOLLYWOOD

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - Valencia, 234 - Tel. 70657 - BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Fundador y Director: RAMÓN SALA VERDAGUER
Director Honorario: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos, 707 - Teléf. 70657 - Barcelona
AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Barbadá, 14 y 16 - Barcelona

EDITORIAL



Publicación Semanal

Año XVII

Núm. 294

LA QUIMERA DE HOLLYWOOD

Las singulares aventuras de un tenor italiano, que cree triunfar apenas ha llegado a Hollywood, y a quien, la traidora actitud de dos desaprensivos, coloca en una posición extravagante.

CREACIÓN DE
NINO MARTINI y JOAN FONTAINE

CENTRAL BARCELONA:
Paseo de Gracia, 76. - Tel. 79068
SUCURSALES:
BARCELONA
Paseo de Gracia, 76 - Tel. 79068
MADRID
Ay. de J. A. Primo de Rivera, 44 - Tel. 28239
VALENCIA
C. Barcelonina, 1 - Tel. 18158
BILBAO
Colón de Larreátegui, 55 - 18527
SEVILLA
Av. J. A. Primo de Rivera, 14 - Tel. 26665
LA CORUÑA
Fontán, núm. 3 - Tel. 1725



INTÉRPRETES PRINCIPALES

<i>Nino.</i>	NINO MARTINI
<i>Jean.</i>	JOAN FONTAINE
<i>Rodowsky.</i>	Alan Mombay
<i>Kraus.</i>	Billy Gilbert
<i>Flugelman.</i>	Alan Hale
<i>Robinson.</i>	Grant Mitchell
<i>Spaghetti.</i>	Erik Rhodes
<i>Nora.</i>	Lee Patrick

*Narración literaria de la novela
por*

JORGE AREVALO

LA QUIMERA DE HOLLYWOOD

ARGUMENTO NOVELADO
DE LA PELÍCULA

CURIOSA MANERA DE CONQUISTAR LA CIUDAD DEL CELULOIDE

HOLLYWOOD con sus palacios de maravilla, el nombre y aureola de los que llegaron a la cima de la fama, y el placer de vivir saboreando en sus más mínimos aspectos, es el espejuelo que deslumbra a la juventud artística del mundo, induciéndola a presentar batalla a todas las penalidades con el fin de poder ser, algún día, una estrella de renombre universal a quien sonría la fortuna y la gloria.

La vida de los «consagrados», conocida a través de informaciones publicitarias, en sus más nimios aspectos, hace soñar constantemente y es acicate que alienta a conseguir

este bienestar a miles de jóvenes. Conquistar esta ciudad de ilusión, manufactura del celuloide, en donde el centelleo del oro y el clamor de la fama, colman con sus dones a los osados que audazmente la han rendido, forma parte de los proyectos de Nino Maretti.

Nino deja su hogar situado en un bello rincón de la augusta Italia. Parte en busca de nuevos horizontes que satisfagan cumplidamente sus ambiciones y sueños de popularidad. No duda, obsesionado por el logro de sus deseos, en alejarse de la tierra mediterránea que le vio nacer y en la que tuvo sus primeras ilusiones y desengaños. Huérfano

desde muy joven, se enfrentó cara a cara con la realidad de la vida y se prometió a sí mismo obtener, aun y a costa de mil sacrificios, una completa educación musical, como en vida desearon sus progenitores.

Hoy, ya en poder de todos los conocimientos necesarios, Nino emprende la aventura, deseando que una oportunidad le ofrezca la ocasión de dar a conocer su valor y talento lírico.

Ya en su última etapa con destino a la Meca del cinema, realizada en un cómodo autocar, ofrece las primicias de su maravillosa voz a los compañeros de viaje, quienes aprecian, absortos, las dotes artísticas del muchacho. Al terminar una de sus romanzas se ve gratamente sorprendido al serle dirigidos los primeros elogios.

—¡Magnífico!—exclama un señor que ha escuchado atentamente a Nino—. Sí, realmente, interpreta usted muy bien... Y dígame: ¿le molestaría si le pidiese que cantase...?

—No, de ninguna manera; es para mí un placer poder distraerles con mis canciones—interrumpe Nino, sin dejarle terminar la frase.

—Puen bien; siendo así, le ruego que cante «Bambina».

—Inmediatamente.

Y el interior del autocar parece recibir alegre el aluvión de notas y tonalidades musicales que vierte Nino, animado por este primer éxito logrado entre el modesto público de un autobús de la línea de Hollywood. Entusiasmado, no repara en que una gran cantidad de coches de turismo han acoplado su marcha a la del autocar y siguen a éste, rodeándole por todos lados, interesados los ocupantes en la nueva voz, desconocida para ellos, no acertando a explicarse cómo un hombre poseedor de tal tesoro viaja en un sencillo coche de línea.

Las últimas notas de la romanza son apagadas por un aplauso unánime que le tributan los ocupantes de todos los «turismos» y del personal de la estación de gasolina, en donde ha parado a repostar el coche en que viaja.

—Muchas gracias, mi primer público de California—saluda Nino desde la ventanilla.

Expansivo como todo buen meridional, ha hecho partícipe de sus proyectos e ilusiones a la mayoría de los viajeros del autocar. Hollywood—ha dicho—, su meta: la gloria y la fortuna, su premio. Las circunstancias favorables que rodean esta primera actuación, verificada en el reducido espacio de un coche de línea, le hacen comentar con op-

timismo, dirigiéndose a sus compañeros de ruta:

—California aguardaba mi llegada para colmarme de honores. Todavía no he llegado a Hollywood y ya se dejan oír los primeros aplausos de los admiradores.

Efectivamente, los ocupantes de los coches de turismo continúan elogiando a Nino, y obligan a éste a asomarse nuevamente a la ventanilla a agradecer las muestras de entusiasmo con que ha sido acogida su romanza.

En el interior de una lujosa «limousine» dos caballeros, elegantemente vestidos, comentan la suerte que han tenido al conocer al joven tenor.

—Mi querido Rollins, ésta es precisamente la voz que necesitamos para la fiesta de Goodwyn.

—Sí, Harding; es cierto...

—Si le invitamos a venir con nosotros, podemos liquidar ese pequeño asunto que nos lleva allí esta noche.

—Ciertamente, y además proporcionaremos una agradable sorpresa al viejo Goodwyn.

—Sorpresa—termina irónicamente Harding—favorable en un todo a nuestros deseos.

—Bien, voy a decirle que se pase a nuestro coche.

Y haciendo señas a Nino, que continúa saludando desde la ventanilla del autocar, elogia su canción:

—Muchacho, tiene usted una voz muy interesante.

—Celebro haya sido de su agrado; pero creo que me favorece usted demasiado.

—No, no; se lo digo sinceramente. Y también hay productores en Hollywood que opino tendrán el mismo parecer.

—¿Sí?

—Dígame—inquire Rollins desde el interior del automóvil—. ¿Le espera alguien en Hollywood?

—No, no tengo ningún amigo allí.

—Tal vez el señor Harding y yo pudiéramos beneficiarle con nuestras influencias, por el motivo de conocer personalmente a casi todos los directores y productores de Hollywood.

—Agradezco los buenos deseos de usted y del señor Harding—responde Nino, vislumbrando un camino que le abra las puertas de los estudios.

—Yo le aconsejo que guarde bien su voz para triunfar en la pantalla. Ya que no le espera nadie en Hollywood, supongo no tendrá ningún inconveniente en venirse con nosotros—ofrece Harding, al mismo tiempo

que mira significativamente a su socio Rollins.

—Sí, yo tendría mucho gusto en que nos acompañase — corrobora Rollins.

—¿Yo? ¿Yo venir con ustedes en su auto?—pregunta Nino, no atreviéndose a dar crédito a la proposición que le están haciendo.

—¡Claro! ¿Por qué no? Y además podría alojarse en el mismo hotel que nosotros.

—Muchas gracias... No sé cómo manifestarles mi agradecimiento por sus bondades. Ustedes son mis bienhechores — manifiesta Nino, emocionado por la serie de coincidencias favorables que le empujan hacia la fortuna—. Les ruego aguar-den un momento. Tiempo preciso para coger mis maletas.

Con gran nerviosismo Nino procede a recoger sus maletas y poniéndose la americana desciende del autobús, mientras dirige a los que han sido sus compañeros de viaje un saludo de despedida.

—¡Ya casi soy estrella!... Hasta luego, adiós a todos. Pronto me verán en el celuloide, señoras y caballeros... Y si me escriben les enviaré una fotografía con mi autógrafo —dice el joven tenor, mientras baja del coche con el mejor de los optimismos.

Agradecidos del buen rato que les ha proporcionado, los viajeros le despiden con un nuevo aplauso que hace comentar irónicamente a Rollins:

—¡Ni que fuese la despedida de Sarah Bernhardt!

—¡O el debut de Caruso!—añade Harding, sonriendo.

—Nuevamente les doy las gracias, mis queridos bienhechores—sonríe Nino, dirigiéndose a los dos socios—; nunca podré pagarles sus favores.

—Suba, tome asiento y no se preocupe de ello; pero ¿dónde va usted con ese chisme?—pregunta Rollins, sonriendo, al observar que Nino, equivocadamente, ha cogido la manga de inyectar gasolina en lugar de una de sus maletas.

—Scusi, scusi, la emoción... perdonen. Bien, ya está; ya tengo todas mis maletas — contesta Nino, rectificando el error—. Señores Harding y Rollins, estoy a su disposición.

—Chófer, al Hotel Carlton de Hollywood—ordena Harding.

—¿Al Hollywood Carlton? Mis queridos señores, yo creo que todo esto es un sueño.

—No, señor...

—Nino Maretti, para servirles.

—Pues, señor Maretti, se en-

cuentra usted completamente despierto.

El magnífico coche de los dos socios emprende una marcha fantástica. Nino, cómodamente sentado en el interior, da rienda suelta a su fantasía, soñando con la fortuna que de manera tan casual ha venido a buscarle, cuando él esperaba hallar una serie de dificultades que le impidiesen triunfar rápidamente. La vida—divaga Nino—es un sinfín de casualidades y curiosidades que es mejor no detenerse a esclarecer. Mas hay algo en su interior que le mantiene inquieto como si todo cuanto le está sucediendo fuese una bella fantasía, un sutil sueño, que al intentar realizarlo se desvaneciese terminando en pesadilla. Sobreponiéndose a este temor que rechaza por pueril, acude a su inagotable optimismo forjando mil planes nuevos y diferentes de lo que va a ser de ahora en adelante, la vida que hoy empieza.

La «limousine» detiene suavemente su marcha y nuestro héroe se encuentra ante las puertas del Carlton de Hollywood, lugar que ambicionaba conocer. En esta ocasión incluso habitará en sus lujosos departamentos. Contempla con asombro los maravillosos salones del hotel y, acompañado por Rollins y Harding, se dirige a las habitacio-

nes que éstos tienen en el mencionado edificio.

—Pase, tenga la bondad—indica Harding, introduciéndole en su departamento.

Nino penetra en las habitaciones de sus bienhechores y no puede menos de manifestar su satisfacción, situándose en mitad de las habitaciones y diciendo con entonación orgullosa:

—Esto es mío. Yo, Nino Maretti, estoy ya en el Carlton Hotel. Y conste que no es ningún sueño...

—No, muchacho; no es ningún sueño—le dice Harding, señalándole el aparato telefónico—, y tampoco lo es que ahora mismo voy a telefonar al señor William Goodwyn para que actúe usted en la fiesta que esta noche da en su casa particular, con motivo de la boda de su hija.

—¿Con William Goodwyn ha dicho?—replica Nino, altamente sorprendido—. Supongo que no andará equivocado al creer que este Goodwyn es el famoso productor de películas mundialmente conocido.

—Efectivamente, el mismo.

—Sí, es íntimo amigo nuestro.

Nino va de sorpresa en sorpresa y muy a las claras demuestra su alegría, en la manera de accionar que observa cuando está contento, y que consiste en una serie de movi-

mientos rápidos, producto de su temperamento meridional altamente susceptible de exteriorizar bien sean las noticias buenas o los contratiempos.

—¡Y yo estoy nada menos que en el Hotel Carlton y con íntimos amigos del señor Goodwyn!—exclama gozoso, hablándoles a los muebles y a las paredes del hotel.

—Oiga, ¿está el señor Goodwyn en casa? Habla el señor Harding Morton... ¡Hola, Bill! Tengo algo muy interesante que contarte—dice Harding ante el aparato telefónico; pero habla a un ser imaginario, ya que, sin que Nino se dé cuenta, ha efectuado una hábil maniobra con la otra mano consistente en cortar la comunicación—. Oye, Bill: la suerte me ha acompañado y hoy he encontrado un muchacho a quien quiero presentar esta noche en tu fiesta... Sí, sí; se trata de un tenor, algo maravilloso... Pero ten en cuenta que no debes decir nada de ello a nadie porque quiero dar una sorpresa a todos mis conocidos de la industria del celuloide... ¿Entendidos?... Adiós, Bill; hasta la noche.

Al mismo tiempo que cuelga el receptor, Rollins se dirige a Nino, a quien ha estado observando todo el rato, y, viendo que no se daba cuen-

ta de la maniobra de Harding, le insta a que cuide de su voz.

—Ah, sí, mi voz para esta noche —replica Nino—. ¡Mi primera noche en Hollywood y nada menos que en casa de Goodwyn!

—Y no solamente en casa de Goodwyn, sino ante el compositor y director de orquesta León Rodowsky.

—¿También estará allí el célebre maestro?

—Naturalmente que sí.

—¿Goodwyn?... ¿Rodowsky?... Mi primera actuación en Hollywood la haré, gracias a ustedes, ante el primer productor del cine y el primer director de orquesta de todo el mundo.

—Sí, y tenga en cuenta que de su actuación depende que estos dos personajes le abran las puertas de la gloria y la fortuna.

Entusiasmado por tantas noticias y acontecimientos favorables, Nino se dirige a las mil luces nocturnas de la ciudad, que se perciben a través de las encristaladas ventanas del hotel, y abriéndolas de par en par aspira plenamente el aire de la noche al mismo tiempo que lanza un reto a la meta de sus ilusiones.

—¡Hollywood, ya estoy ante ti! —profiere con voz alegre.

Pero los humos de la ilusión ciegan de tal manera sus ojos cargados de ambiciones, que no advierte el guiño malicioso que Harding dirige a su compañero, ni llega a sus

oídos el comentario que hacen ambos:

—Mi querido Rollins, éste era exactamente el tipo que necesitábamos para que nos saliera a la perfección el asunto del collar.

**EN EL QUE SE DEMUESTRA QUE UN BUEN DETECTIVE DEBE
PERMANECER INSENSIBLE AL «BEL CANTO»**

LEON Rodowsky, figura cumbre en el campo musical, es inasequible a las peticiones que constantemente recibe de sus admiradores, remitiéndole composiciones que exponen a su juicio. Todas cuantas llegan a su señorial mansión son devueltas inmediatamente a su procedencia sin haber sido miradas. Asimismo todos aquellos que han intentado llegar a sus habitaciones particulares o bien a su departamento del Estudio, tropiezan con su secretario Kraus, quien impide que se moleste al maestro con lo que él llama «malos ensayos».

El aspecto de Kraus es regocijante. Bajo y ligeramente redondeado hasta en las facciones faciales,

da la impresión de un buen padre de familia que acogiera cualquier demanda con la mejor de las sonrisas. Realmente, si bien su impulso interior le induce a ello, tropieza con la figura severa de su señor, el maestro León Rodowsky, que con una mirada deshace por completo todo su carácter. Es así como Kraus se convierte en, un eco exacto de todo cuanto dice Rodowsky, y en una fiel sombra de todo cuanto ejecuta Rodowsky.

No es de extrañar que conociendo la imposibilidad de llegar a entrevistarse con el maestro, Jean Clemens, joven compositora, se decida a poner en práctica una estrategia, con el fin de poder hablar personalmente con él, aprovechando la

ocasión que le brinda el que éste acuda a la fiesta que Goodwyn da en su lujosa casa, fiesta que todo Hollywood conoce por la publicidad que de la misma se ha hecho.

Jean, cifradas todas sus esperanzas en una opereta que ha compuesto, se ha trasladado desde una localidad cercana a Hollywood con el exclusivo fin de que sea enjuiciada por la máxima figura de la música.

Nora, amiga de Jean, acompaña a ésta en su tentativa. Naturalmente ambas carecen de la correspondiente invitación que les dé paso franco a la mansión de Goodwyn, e intentan encontrar un ardid que les permita introducirse en la fiesta.

—Oye, Nora: ¿cómo podríamos arreglárnoslas para llegar en «limousine» en lugar de hacerlo en este viejo Ford?—pregunta Jean, señalando significativamente la vieja carrocería y el pésimo aspecto de su coche.

—No acierto a solucionarlo.

—¡Ya está! ¡Sigue a ese Rolls!

—¿Qué pretendes, Jean,

—Descender de este magnífico Rolls que parará delante de nosotras.

Y, dando un salto del Ford, aprovecha la ocasión de hallarse el chófer del Rolls abriendo la puerta a sus propietarios, para introducirse

por la contraria y descender inmediatamente por la que mantiene el chófer abierta, el cual se queda profundamente asombrado al ver bajar una viajera completamente desconocida para él y que no acierta a adivinar de dónde ha salido.

Instantáneamente Jean observa que el mayor peligro radica ahora en la puerta de entrada a la casa de Goodwyn, en la cual los fotógrafos y repórters esperan a los invitados para obtener las noticias de sociedad. Aprovechando esta feliz circunstancia, se coloca disimuladamente al lado de unos señores que entran en la casa y pasa al interior con ellos, evitándose ser molestada.

Evidentemente a la fiesta del magnate del celuloide acude la gente más distinguida de la ciudad. Los diversos salones de la casa presentan un aspecto brillantísimo, destacando como nota original la exhibición pública del collar de perlas, presente de bodas de la hija de Goodwyn, tasado en más de medio millón de dólares. Esta magnífica joya está custodiada por el detective Flugelman, amante apasionado de la música y adorador ferviente del «bel canto».

Flugelman permite, de acuerdo con instrucciones recibidas, contemplar las hermosas perlas, mas por ningún concepto tocarlas, evi-

tando que puedan ser escamoteadas o cambiadas por otras falsas.

Rodowsky, importunado por el asedio que ha sufrido por parte de unas señoras y molesto por las conversaciones insulsas que se ha visto obligado a sostener, decide retirarse a un rincón apenas visible y descansar del bullicio de la fiesta, que tanto le molesta. Cuando se dispone a trasponer uno de los salones tropieza con Jean, quien reconoce inmediatamente al maestro.

—Perdón, señorita—se excusa éste—. Lamentaría haberle hecho daño.

—Oh, señor Rodowsky... Deseaba encontrarle.

—¿A mí?

—Sí, a usted. Debo aclararle que yo soy compositora—explica Jean—y quisiera que usted juzgara mi opereta.

—¡Kraus!—demanda Rodowsky, dirigiéndose a su secretario y significando que no quiere ser importunado.

—Señor Rodowsky, escuche un momento. Le he escrito infinidad de cartas, le he telefoneado muchas veces, y únicamente ahora puede darme usted una contestación...

—¡Kraus!—repite el maestro con evidentes muestras de enfado.

Pero Kraus no se atreve a frenar el impetuoso verbo de Jean, que,

viendo la inutilidad de sus esfuerzos, acosa con más insistencia al maestro.

—Le suplico atienda a mis ruegos. Se trata de una opereta en la que he puesto todas mis ilusiones. No soy una desconocida, ya que he publicado algunas pequeñas composiciones, pero en ésta he trabajado con ahinco día y noche... Además vengo de muy lejos para que usted la juzgue...

—¡Kraus!—insiste Rodowsky—. No quiero ser molestado.

—No moleste al maestro, señorita—murmura Kraus con voz apenas perceptible.

Y Jean ve con tristeza como Rodowsky, el gran Rodowsky, se aleja de su lado sin haberse dignado tan siquiera dirigirle una sola palabra.

Flugelman, que ha contemplado la escena y observa la pena de Jean, le dirige una sonrisa.

—Oh, no se apene, señorita; los genios son así. Yo también soy aficionado a la música.

Mientras tanto Nino, acompañado de Rollins y Harding, ha llegado a la casa de Goodwyn, en la que penetra por una puerta lateral en lugar de efectuarlo por la principal. Nino va caracterizado convenientemente para ejecutar la romanza «Vesti la giubba» de la ópera de Leoncavallo «I Pagliacci». Como co-

rresponde al personaje que interpreta este fragmento, Nino viste un traje de Pierrot, lleva la cara pintada de blanco con detalles negros que exageran los ojos y la boca, y simula ser jorobado. Aleccionado por los dos socios que le acompañan, a los primeros acordes de la romanza penetra en el salón y principia a cantar con gran entusiasmo.

La concurrencia queda sorprendida por esta novedad y crece su asombro al observar la potencia y bella entonación melódica del tenor desconocido. Poco a poco las señoras y señores que se encontraban en otros salones, se reúnen en el central admirados de la voz maravillosa que tan formidablemente canta «I Pagliacci». De esta corriente de admiración no quedan excluidos el detective Flugelman y Jean, a quienes conquista rápidamente la música y el cantante. Jean acude presurosa al salón principal y Flugelman advierte que no hay nadie en la sala donde se exhibe el collar, por lo que decide acercarse al lugar donde puede dar libre salida a sus expansiones musicales, sin pararse a considerar que el abandono de la valiosa joya puede ocasionarle desagradables consecuencias.

Nino imprime en la canción todo el sentimiento del personaje de la ópera, y sorprende a todos aquellos

que le escuchan, por su magnífica interpretación.

La meritoria actuación de Nino es premiada por una ovación ensordecedora al finalizar las últimas notas. El joven tenor se ha consagrado delante del público de Hollywood. Mas cuando se dispone a saborear las mieles del triunfo obtenido, sus dos bienhechores, Harding y Rollins, le obligan con plausible desasosiego abandonar la fiesta y, subiendo en el coche que les espera en la calle próxima, huyen a toda velocidad de la casa de Goodwyn.

El público no se explica la conducta extraña del desconocido tenor, que ha desaparecido tan misteriosamente, como misteriosa fué su llegada, y únicamente comprenden su precipitada fuga cuando el señor Goodwyn prorrumpe en exclamaciones, notificando la desaparición del famoso collar.

—¡Flugelman! ¡Flugelman!

—Sí, señor Goodwyn. Le felicito por la sorpresa que nos tenía reservada. Este tenor es una maravilla...

—¿Dónde ha estado usted? ¿Qué clase de detective es usted? Las perlas han desaparecido.

—¿Desaparecido?—inquire, extrañado, el detective.

—Sí, han desaparecido mientras...

—Esto es un robo. ¡Que no se mueva nadie de la casa!—ordena Flugelman, al tiempo que lleva su silbato a la boca y prorrumpe en estridentes señales de alarma—. ¡Guarden todas las puertas y ventanas! ¡Que no se mueva nadie! Se ha cometido un robo y es preciso que permanezcan todos ustedes aquí hasta que demos con el autor. Ahora mismo comunicaré la noticia al inspector del distrito—termina el detective con señales inequívocas de la responsabilidad que tiene por lo acaecido.

A los pocos momentos, con la urgencia que requiere el caso, el inspector general del distrito se encuentra en casa de Goodwyn haciendo las pesquisas necesarias para esclarecer el hecho.

—Agradeceré a usted, señor Goodwyn, que me facilite todos cuantos datos tenga acerca de este asunto. En primer lugar es preciso que me diga las señas personales del cantante, ya que no dudo que él es un cómplice del robo cometido. Su misión ha sido la de distraerles a ustedes mientras sus compinches efectuaban el robo. ¿Dónde está Flugelman?

—A la orden, señor inspector.

—Pero ¿qué diablos estaba usted haciendo para que se llevasen el co-

llar estando usted encargado de su custodia?

—Señor inspector, no pude resistir la tentación de escuchar la voz más maravillosa que se ha conocido.

—Déjese de historias y atienda a su cometido. Dígame, señor Goodwyn, qué señas tenía el tenor.

—Es imposible detallarlas. Iba caracterizado y no se podía reparar en ello.

—Bien, pero cuando menos alguno de los presentes me podrá señalar su estatura.

—Sí, era alto...

—No, bajo...

—Era rubio...

—No, moreno...

—Era delgado...

—No, grueso...

Cada uno de los presentes da una opinión diferente y el inspector no sabe a cuál atenerse. Unas señoras aseguran una cosa mientras que otras dicen lo contrario y no hay forma de llegar a una conclusión.

—¡Silencio!—ordena el inspector—. Así no hay quien sea capaz de descubrir nada.

—¿Quién es usted y por qué no ayuda a la justicia en lugar de entorpecer su labor con esos compases?—pregunta a Rodowsky, quien, cómodamente sentado, se distrae en recordar la voz prodigiosa que acaba de escuchar.

—Yo soy Rodowsky.

—¿Rodowsky?

—Sí, el célebre director de orquesta—aclara Flugelman con gran respeto.

—Vaya, otro músico.

—Señor, probablemente en toda América no hay otro músico como yo.

—No me interesa. ¿Me podría describir al cantante?

—¿A quién, a ese gran tenor que ha cantado aquí? No, imposible. Pero, en cambio, su voz la reconocería entre un millón.

Jean, viendo el giro que tomaban los acontecimientos y temerosa de que si se descubría su presencia en la fiesta del productor se sospechara de ella por no tener invitación, ha aprovechado un momento para deslizarse entre los invitados, intentando huir por una ventana. Pero no ha ido muy lejos en sus intentos, ya que dos policías encargados de la vigilancia la han sorprendido.

—A la orden, inspector. Aquí le traigo a esta señorita que hemos sorprendido cuando intentaba ganar la calle, saliendo por una ventana—dice el policía, señalando a la muchacha.

—¡Suéltlenme, suéltlenme!—grita Jean, mientras intenta desasirse de las manos de los policías.

—Bien, se aclara el asunto.

—Deje que me explique.

—¿Quién es esta señorita?—pregunta el inspector al señor Goodwyn.

—No lo sé. Ignoro quién puede ser.

—Les repito que me dejen explicar. Yo nada sé del robo. Soy una compositora y vine a ver al señor Rodowsky para que juzgase mi última composición. Aquí pueden verla.

—¡Vaya! ¡Un tenor, un detective músico, un director de orquesta y ahora una compositora!—se queja cómicamente el inspector—. ¿Espero que no serán todos músicos los aquí presentes? Pero, en fin, señorita, ¿qué sabe usted del tenor?

—Créame, señor inspector: yo nada sé de todo esto.

—Lamento mucho tener que llevarla conmigo a la Comisaría. Allí solucionaremos todo esto.

Lejos de la mansión de los Goodwyn, Nino y sus bienhechores atraviesan velozmente las calles de la ciudad y salen a la carretera. Nino no acierta a comprender la súbita marcha después del éxito obtenido.

—Es preciso que te quites inmediatamente este traje—ordena Rollins.

—Sí, y además límpiame bien la cara, quitándote el maquillaje.

—Pero yo no comprendo su manera de proceder. Cuando había triunfado...

—Cállate y quítate todo esto...

«Atención la policía.... Detalles acerca del ladrón de las perlas del domicilio de William Goodwyn, 1017 Primera Avenida... Descripción: Es un hombre extranjero, viste traje de clown, lleva la cara maquillada...»

—¡Eh! ¿Qué significa esto? El receptor del coche está dando mis señas. Yo no he cometido ningún robo. Voy a presentarme inmediatamente a la policía—se dispone Nino, intentando bajar del coche.

—Escucha. Tú no sabes lo que dices. Atiende bien y grábate en la memoria que tú no nos has conocido nunca, ni has estado en la re-

unión de Goodwyn, o de lo contrario te irá mal.

—Pero si yo soy honrado. No he robado nada. Debo decírselo a la policía.

—No seas inocente y si no atiendes por las buenas tenemos otros medios para hacerte entrar en razón—amenaza Rollins, encañonándole con la automática.

—Y ahora largo de aquí —dice Harding, empujando a Nino fuera del coche mientras para un momento para que descienda de él.

El empujón ha sido tan violento que Nino rueda por la carretera y se queja de los golpes recibidos. Cuando al fin decide orientarse, se encuentra delante de un letrero que señala una distancia de 9 kilómetros a Los Angeles y 2 a Hollywood.

NINO NO PUEDE CANTAR

A pesar de las amenazas recibidas por parte de los que hasta hace un momento consideró Nino como sus bienhechores, y creyendo que nada debe ocultar a la acción de la policía, ya que su actuación en la fiesta de Goodwyn ha sido completamente legal y honrada, decide nuestro joven tenor hacer caso omiso de todo cuanto le han advertido Rollins y Harding y presentarse a la policía de Hollywood.

Naturalmente esto tiene sus inconvenientes, ya que Nino se encuentra ahora en mitad de una carretera y a varios kilómetros de cualquier Comisaría. El pobre muchacho, con el cuerpo contusionado por los golpes recibidos al ser arrojado del coche, se ve obligado

a emprender la marcha a pie, sobreponiéndose a sus dolencias físicas y también horriblemente perplejo e inquieto al pensar en la situación en que se encuentra, por obra de la maldad de dos desaprensivos.

Al fin llega a una Comisaría de policía, y, sin titubeos, penetra en el edificio, dispuesto a no dejar pasar un solo segundo más sin darse a conocer. En la sala donde aguarda Jean esperando ser llamada por el inspector, para aclarar su actuación en la noche del robo, se está comentando éste por el sargento de servicio y varios periodistas.

—Oh, este es el mejor robo cometido desde hace veinte años a esta parte —asegura el sargento,

asombrado de la cuantía del collar de perlas.

—¿En los últimos veinte años? —pregunta, incrédulo, un periodista.

—Sí, ya que hace veinte años se cometió el robo de los hermanos Larceny, aquel que se tasó en más de un millón.

—Sí, ahora recuerdo algo por las fotografías que he visto.

—Pero tenga en cuenta, amigo, que el robo del collar, según palabras de Rodowsky, no es comparable a la pérdida de la hermosa voz de ese tenor complicado en el robo de la joya.

—Es lástima que pierda el Arte tal maravilla.

—Oigame, sargento —se dirige Nino rápidamente a la mesa que éste ocupa, intentando prestar declaración—: tengo algo urgente e importantísimo que manifestar...

—Aguarde su turno, buen hombre, y no nos interrumpa.

—Pero si se trata de algo...

—Le repito que no interrumpa. Y siéntese allí en espera de su turno—indica el policía, señalando a Nino los bancos en que esperan los detenidos y entre los cuales se encuentra Jean.

La pobre muchacha, a quien el inspector ha tomado declaración sin convencerse de sus razones, espera

triste y sobresaltada las consecuencias que pueda ocasionarle su vehementemente afán de hablar con Rodowsky. Nino, cohibido por la orden terminante del sargento, se apresura a tomar asiento detrás de Jean y aguardar pacientemente que le digan que declare. Entretanto conversa con Jean.

—Hay cosas incomprensibles. Tengo que declarar urgentemente y me obligan a sentarme. Perdona. ¿También tiene que declarar usted?

—No, estoy detenida provisionalmente hasta que se aclara el robo del collar de la hija de Goodwyn.

—¡Oh, cuánto lo siento!

Nino, que repentinamente siente una súbita simpatía por la gracia de la muchacha, se levanta impulsivo, decidido nuevamente a pedir que se le deje declarar; pero otra vez la cara ceñuda del sargento le advierte que retorne a su asiento, o de lo contrario no le asegura que no pase la noche en el calabozo. Obedeciendo una vez más las órdenes que recibe, se retira al banco que ocupaba. Jean es llamada a declarar, por lo que se despide amablemente de Nino y se encamina, acompañada de Flugelman, al departamento del inspector.

La paciencia del joven tenor no se aviene a la calma con que la policía toma su asunto, e insiste en

declarar al sargento la causa que le ha llevado a la Comisaría, cuando la repentina entrada de un nuevo repórter le hace disuadirse de sus intenciones.

—¿Qué hay de nuevo, sargento? —inquiere el periodista—. Nada todavía, ¿verdad? No sé por qué me parece que le espera un mal rato al tenor que ha actuado esta noche en casa de Goodwyn. A todas luces su complicidad con los ladrones es manifiesta. No hay coartada posible para él, ya que fué precisamente en los momentos que se cometía el robo cuando distrajo premeditadamente la atención de los allí presentes.

—Sí, es cierto; muy mal veo al pollo, por la razón de que su voz será inmediatamente reconocida... a menos que no cante nunca más.

Temeroso de que todo cuanto digan ante la justicia sea en perjuicio suyo, ya que considerará evidentemente su complicidad, Nino decide abandonar el local sin ser visto; pero la mirada del sargento de guardia tropieza con él, cuando ya se hallaba en la puerta de salida, y le interroga violentamente:

—¡Eh! ¿No era usted el que tenía una cosa urgentísima que declarar?

—¡Ejem! Sí... pero no tiene importancia. Otro momento...

Y, sin terminar la frase, Nino gana la puerta de salida. Apoyado en la pared se detiene a pensar en su anómala situación. Gracias a la Providencia se ha salvado del peligro de ser detenido injustamente; mas otro mayor le aguarda, y sus proporciones asustan a Nino. Todas sus ilusiones caen derrumbadas por esta desgracia inesperada. Su voz, su preciada voz, arma para abrirse paso en el camino de la vida, está condenada a no dejarse oír más. Solo, y extranjero en California, no se atreve a mirar el porvenir que le espera sin saber cómo luchar. Desesperado se lleva las manos a la cara e instintivamente a los ojos, como si quisiera borrar de ellos la imagen del futuro nada halagüeño que se le presenta.

Y es en este momento, cuando Jean, que ha quedado libre en virtud de su última declaración, que ha convencido al inspector de que su presencia en la fiesta no tenía nada que ver con el robo, extrañada ante la actitud de Nino se le acerca solícita.

—¿Se encuentra usted mal?

—No. ¡Ah! ¿Es usted, señorita...?

—Jean. Jean Clemens.

—Bien. Mi nombre es Nino Maretta. ¿Ha convencido a la policía de su inocencia?

—Sí, afortunadamente ya me han dejado en libertad. ¿Y a usted ya le han atendido?

—Sí, es decir...

—¿Acaso le han robado?—pregunta Jean ante la triste actitud del muchacho.

—Sí, esta noche me han robado mi tesoro más preciado—se queja Nino, refiriéndose a su voz, mas Jean no acierta a saberlo, desconocedora de la personalidad de Nino.

—¡Oh, qué lástima!—se interesa ella, al propio tiempo que llegan a la puerta de la Comisaría, y se despide de Nino.

—Bien, buenas noches.

—Señorita Jean, permítame que la acompañe.

—Muchas gracias. ¿Me lleva en su coche?—pregunta Jean, creyendo que le ofrece acompañarla por tener el coche a la puerta.

—No... no tengo—balbucea Nino con un cómico gesto que da a entender que no sabe cómo salir airoso de la situación.

—¡Ah, bien!—ayuda Jean—. Ya sé; este es el asunto que le traía a usted a este edificio: el robo de su coche.

—Precisamente —agradece Nino—. Sí... el robo de mi coche.

—Pues entonces podemos tomar un taxi.

—Es que resulta... que... también me han robado el dinero.

—Curiosa situación—se lamenta Jean, dándose cuenta de la verdad de todo lo que le ocurre a Nino y adivinando que no hay nada de realidad en lo del robo del coche y del dinero—. Yo tampoco tengo ninguna moneda.

—Son unos bandidos. Tan pronto he llegado a Hollywood, me roban el coche, luego el dinero, y al intentar ponerlo en conocimiento de la policía se niegan a escucharme.

—¡Ah, eso no! De ninguna manera. Véngase conmigo a ver al sargento—exclama Jean, intentando llevarse a Nino al interior del edificio.

—No, no; de ninguna manera. No quiero molestarla—se excusa Nino, evitando encontrarse nuevamente ante el sargento.

—Bien, pues entonces no nos queda otro remedio... Hasta mi casa hay varios kilómetros que los salvaremos andando.

—¿Con la noche oscura como está?

—No. He tenido una idea—sonríe Jean—. Voy a enseñarle una costumbre americana.

Y situándose al borde de la calzada se pone a hacer la clásica señal que indica a los coches que se sirvan parar, pero con tan mal éxito

que se detiene ante ellos un automóvil celular que hace disimular a nuestros jóvenes al preguntarles qué desean.

—Bien —sugiere Nino—, déjeme probar a mí, a ver si tengo mejor suerte.

Esta vez un magnífico camión de transporte, conducido por un rollizo chófer, se detiene ante Nino y Jean, siendo invitados a subir. La conversación se generaliza rápidamente debido a que el conductor del camión es un gran aficionado de la música, y como sus ratos de libertad son relativamente escasos, ha decidido instalar una completa serie de aparatos musicales en la cabina, con los que se solaza en sus constantes viajes.

La carpeta que llevaba Jean con su opereta va casualmente a parar a las manos de Nino, quien observa los primeros compases y le dice a Jean:

—Esta música es excelente.

—¿Cómo puede usted juzgarlo?

—inquiere Jean, ignorante de la profesión de Nino.

—Ya verá usted —se excusa éste—. Yo soy...

—¿Compositor? ¿Músico?

—No, es que he trabajado en la ópera en mi país.

—¿Cantante?

—No—miente Nino apresuradamente, temeroso de ser descubierto—; en mi vida se me ocurrió tal cosa.

—Entonces tal vez será empresario.

—Eso mismo. Siempre me gustó ser empresario.

—Entonces le place la música.

—Y también a mí—añade el chófer del camión—. Observen: ante la negativa de la Compañía de instalarme una radio en este cacharro, yo mismo me he proporcionado una pequeña orquesta.

Y dando una demostración de sus aficiones filarmónicas, comienza a tocar, por medio de bocinas, una serie de notas y entona una bella melodía que Jean continúa al unísono. Al llegar a una nota difícil, Nino no puede resistir la tentación de probar su voz, pero la rápida mirada de Jean, a la que hace poco ha asegurado que no sabía cantar, le obliga a cortar de raíz sus deseos, dándose cuenta en este preciso momento que de ahora en adelante ha de silenciar por completo sus impulsos líricos, so pena de descubrirse ante los demás.

La mutua confianza que ha unido a los dos muchachos, queda todavía más acentuada por esa igualdad de gustos musicales, en cuya

conversación se pierden inmediatamente.

La casa de Jean se halla en la cima de una pequeña colina y allá se dirigen ambos, después de haber dado las gracias al conductor del camión. En el camino, Nino, incapaz de mentir más, confiesa a Jean, influenciado por el cariño que ha depositado en ella, la verdadera situación en que se encuentra, pero no se atreve a mencionar para nada lo que le ha sucedido y la relación que dicen tiene con el robo, ya que teme decaiga a los ojos de la muchacha.

No es menos expansiva Jean, y también hace partícipe a Nino de los anhelos y deseos depositados en la carpeta de música que lleva debajo del brazo: su opereta. Las noches de insomnio pasadas terminando algún pasaje, la ambición depositada en su obra, todo lo conoce Nino a través de las palabras un tanto decepcionadas de Jean.

Ambos se sienten atraídos, sin poder dar una explicación concreta al cariño súbitamente nacido en sus corazones. Nino encuentra en Hollywood un alma comprensiva que se desprende del materialismo reinante en la ciudad, y se interesa verdaderamente por su situación; y Jean se dice a sí misma que hay algo más

que amistad en su trato con el extranjero, cuyas maneras afables y temperamento agradable han impresionado tan profundamente a la muchacha.

Adivinando que Nino no tiene dónde pasar la noche, le invita a subir a su casa.

—¿Quiere subir un momento? Le presentaré a mi amiga Nora.

—No, gracias; no quiero molestarla más.

—Bien, entonces, hasta mañana por la mañana. A las nueve en punto. No se olvide: Imperial Estudios. Estoy segura de que le encontraré trabajo como extra.

—Muchas gracias—murmura Nino—, se lo agradezco mucho...

—Buenas noches.

—Hasta mañana.

Y mientras Nino se aleja, Jean penetra en sus habitaciones, donde le dice a Nora:

—Vengo tarde, porque se me supuso complicada en el robo del collar de Goodwin, pero todo lo sucedido lo doy por bueno, porque... querida Nora, debido a esa circunstancia he conocido a un hombre encantador—suspira Jean, pensando en los agradables momentos pasados al lado de Nino.

SITUACION DESESPERADA DE UN DIVO

A L oír las últimas palabras de Jean, su amiga observaba que, a pesar de los incidentes que le han ocurrido, ésta no presenta síntomas evidentes de disgusto. Piensa, con razón, que este hombre que se ha cruzado en la vida de Jean, no ha pasado como un simple mortal más, sino que ha dejado huellas indelebiles en el corazón de su amiga. En otra ocasión, se sentiría decepcionada por la negativa de Rodowsky, personaje en el que cifraba hasta ahora todas sus esperanzas, pero hoy existe algo más que le hace olvidar, o cuando menos relegar a segundo plano, lo que fué la más grande ilusión de su vida.

La alegría de Jean, la impele a efectuar varios pasos de baile por la

habitación que ocupa, siguiendo el ritmo de la orquesta que transmite la emisión de radio local. De pronto el locutor comienza a dar las noticias locales y señala el robo del collar de perlas con las siguientes palabras:

«Esta noche, los periodistas han interrogado, en su hotel, al famoso compositor y director de orquesta León Rodowsky, acerca del misterioso robo y no menos misterioso tenor que actuó en la fiesta del productor Goodwin. Refiriéndose a la desaparición de la valiosa joya, el maestro ha declarado que su pérdida no tiene comparación con lo que significa para el arte la voz incomparable del desconocido divo. Es lástima — continuó — que un hombre poseedor de tan gran tesoro artís-

tico se dedique a cometer actos delictivos, cuando en la escena llegaría rápidamente a obtener la gloria y la fortuna. Es, sin duda—siguió declarando Rodowsky—, la mejor voz que he oído desde hace muchos años. Estoy dispuesto a colaborar con la policía para ver de identificar a este hombre, a quien es un deber rescatar del actual camino criminal y restituirlo a la senda del arte.»

—¿Quién será esta joya?—pregunta Nora asombrada—. Jean, ¿le oíste tú, por casualidad?

—Sí, Nora, y por cierto que es algo maravilloso. Hasta el mismo Rodowsky, que siempre se muestra tan huraño, tuvo que confesar que era un portento—dice Jean, recordando la magnífica ejecución que hizo de la romanza de «Il Pagliaccio» el desconocido cantante.

La radio sigue dando noticias relacionadas con el tenor y anuncia una gratificación de 25.000 dólares a quien entregue o dé las señas particulares del tenor de la casa de Goodwin. Entretanto, Nino contempla desde una elevación del terreno la ciudad de Hollywood, que hace apenas una hora creía conquistada y que ahora se presenta llena de peligros y de dificultades, y en la que ha perdido el don más preciado de su vida.

Al día siguiente, Jean, cumpliendo lo prometido a Nino, ha obtenido para él una plaza de extra en los estudios Imperial Film, donde ella actúa también. Se están haciendo los preparativos para rodar una escena de una producción de Rodowsky cuando éste llega acompañado de su fiel Kraus.

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Que llega el maestro Rodowsky—vocifera Kraus, mientras intenta abrirle paso por entre el personal del estudio.

Conocedores del temperamento exigente del maestro, todos se apresuran a dejarle franco el camino, y se apagan todos los murmullos. Ha llegado el gran Rodowsky ante su puesto de director de orquesta e inmediatamente se impacienta por la tardanza del primer galán.

—¿Todavía no ha terminado el señor Barrett?—demanda colérico.

—¡Señor Barrett! ¡Señor Barrett!—gritan los ayudantes, temiendo que empeore el genio del director.

—¿Quién ese Barrett?—inquire Nino a Jean, que se halla a su lado, ambos con trajes apropiados para la escena que se va a representar.

—Es el tenor de la película.

—¿Debe ser un gran cantante?

—Eso cree él, pero el público tiene otras ideas.

—¿Dónde está Barrett?—inquire Rodowsky—. ¡Que salga inmediatamente! ¡No estoy dispuesto a esperar a nadie!

—Sí, eso es. ¡No está dispuesto a esperar a nadie!—repite, como un eco, Kraus.

—Ya estoy aquí... ¿Quién me llama?

—Ya está aquí, señor Rodowsky—anuncia el secretario.

—Bien. Vamos a ensayar la escena de la romanza—ordena Rodowsky dirigiéndose a la orquesta en ademán de dar comienzo a la música, y mientras Barrett va a ocupar su lugar en la escena, que representa el parque de una antigua mansión, cuya entrada es una magnífica escalera en donde se halla la heroína de la fábula. Barrett, en el primer papel, ha de cantarle a su dama desde el jardín.

—Música—ordena el maestro.

—La orquesta, sabiamente dirigida por la genial batuta del insigne director, sigue ágilmente el ritmo de la romanza. Rodowsky sonríe satisfecho ante su obra, cuando la destemplada voz de Barrett hiere sus oídos. No puede evitar un gesto de desagrado que termina en una explosión de lo que piensa de Barrett, al atacar éste una nota difícilísima

que no llega a alcanzar, deslizándose lamentablemente.

—Alto—se queja Rodowsky a los músicos, con las manos en la cabeza—. Es imposible, no tiene potencia...

—¿Que no tengo potencia? ¿Ha dicho usted que no alcanzo esta nota?

—Sí, eso he dicho. No la alcanza. Además, su actitud cuando canta es falsa, sus movimientos torpes.

—Sí, sus movimientos torpes—repite Kraus.

—Nadie en veinte años de experiencia me había dicho cosa parecida—se defiende Barrett.

—Pues yo, que soy el primer músico de hoy, se lo digo a usted. Recuerde—dice, refiriéndose a la escena—que canta usted a la mujer soñada por su corazón. Ella se encuentra en el balcón bañada por la pálida luz de medianoche. Ponga usted en ello todo el romanticismo que inspira semejante cuadro y, sobre todo, cuide de la voz.

Todas cuantas recomendaciones da el maestro resultan inútiles ante la ineficacia de Barrett, que se estrella una y otra vez al intentar salvar la nota elevada, prorrumpiendo en sonoros gallos.

—Es inútil—vocifera Rodowsky—. ¡No, no, y cien veces no!

—Pobre muchacho—compadece Nino, desde su rincón—; es demasiado para él.

—Kraus, haga el favor de decirle a Barrett que ponga más cuidado en la romanza—dice el maestro, sin querer mirar a Barrett.

—¿Cómo puedo poner sentimiento, si le estoy cantando al balcón?

—Bueno, pues que se ponga alguien en él, y así se hace el cargo de que está su princesa.

—Señor Rodowsky, le ruego me perdone, pero la princesa no rueda hoy. Tiene señaladas las escenas para mañana.

—¿Y qué importa eso? No hace falta precisamente ella. Que se ponga cualquiera de las extras.

—Venga usted — escoge Kraus, señalando precisamente a Jean—. Suba por la escalinata y allí aguarda la romanza de Barrett. ¡Sonría, sonría!

—Bien, Barrett. Ya tiene usted a la princesa en su lugar. Veremos si acierta ahora.

Es empeño imposible obtener que Barrett cante bien la romanza. A pesar de los continuos esfuerzos que éste hace para salir airoso de la misma, todas sus buenas intenciones se estrellan ante el difícil pasaje, en que es necesario tener una voz pri-

vilegiada para interpretarlo bien. Rodowsky ordena que cese la música y permanece unos instantes con la cabeza entre las manos y murmurando maldiciones en voz baja.

—Señor Barrett—dice al fin—, ya le he colocado a la princesa en su lugar y usted no ha mejorado su voz...

—¡No hay tenor en Hollywood que sea capaz de atacar esta nota! — interrumpe violentamente Barrett.

—Sí, sí, hay uno sólo. El tenor que ayer actuó en la recepción del productor Goodwin. No es mi intención hacer comparaciones enojosas, pero usted, a su lado, es un pigmeo.

—Me voy; no tolero que se me insulte de esta manera.

—Por mí, puede hacerlo—desprecia Rodowsky—, y por hoy... ya hemos terminado — dice, pensando cómo podrá hallar al tenor desconocido y en el cual piensa constantemente.

—Todo el mundo a almorzar.

Al recibir la orden, todos los extras y personal del estudio emprenden la marcha hacia el comedor. Nora y Jean le dicen a Nino:

—Nino, ¿viene a comer con nosotras?

—No, me quedaré aquí, curioseando por todo esto—se excusa

Nino, que no quiere confesar su carencia de dinero.

Para contentar los apremiantes gritos de su estómago, acude a un aparato tragaperras y con la única moneda de diez centavos que tiene, adquiere una manzana. Mordisqueándola, se acerca al sillón del director y se sienta en él, perdido en un laberinto de pensamientos.

A cada instante tiene que refrenar sus impulsos, quedando a flor de labio todo ofrecimiento encaminado a descubrir su verdadera profesión, su arte. Piensa, no sin amargura, que si no se viera comprometido en el desagradable asunto de la noche anterior, ahora se le presentaba la ocasión de probar sus cualidades artísticas. Y para Nino, que ha hecho de su canto una devoción, es insufrible el tener que permanecer todas las horas del día sin poder lanzar al espacio alguno de sus agudos. Se encuentra prácticamente atado, y ello influye en su continente, que de sonriente y optimista, se ha vuelto triste y desalentador.

Ahora, sentado en la butaca cuyo respaldo ostenta el nombre de «Mr. Rodowsky», Nino cierra los ojos y recompone mentalmente la escena del tenor. Se imagina a Jean, la compañera de hace apenas unas horas que lleva en el corazón, con lar-

gas trenzas y vestido primoroso, sonriéndole desde lo alto de la escalera, mientras él, desde el centro del jardín, canta a su princesa, ante la aprobación complaciente de Rodowsky, que se solaza con la feliz interpretación de su obra. Un entusiasta aplauso premia su actuación y queda consagrado ante el público de América como una figura de primer orden en el terreno lírico.

Pero el retorno del personal de los estudios, que vuelve de almorzar, le despierta de su sueño, volviéndole a la cruel realidad. Ahora no puede ser otra cosa que un simple extra, dominado por los caprichos de cualquier empleado del estudio y siempre con la amenaza de ser despedido por el más fútil motivo. Realmente, cuando dejó su bello país, al abandonar el rincón de su tierra mediterránea, no podía sospechar que una jugarreta, asaz complicada del azar, vendría a derribar sus ambiciones; que el hombre que partió de Italia, seguro de conquistar a todo un continente, se encontraría derrotado a la primera batalla y no tendría tan siquiera el consuelo de presentarse en nuevas lides que le permitiesen vencer. Nino sonríe ante la absurda paradoja, que representa el no poder actuar delante del público cuando éste

le busca por todos los rincones de California, ansioso de deleitarse con las primicias de su voz.

Y en medio de todo su dolor, surge la delicada figura de Jean, a quien adora por la ternura con que le ha tratado, ofruciéndole su apo-

yo desinteresado, y repara con tristeza que, a pesar del mutuo cariño que ambos se demuestran, se ve obligado a permanecer mudo, a silenciar por completo su amor, ya que sabe sería rechazado tan pronto se descubriese su personalidad.

INUTILES PESQUISAS EN BUSCA DEL TENOR DESCONOCIDO

EL Departamento de Policía de Hollywood, cursa instrucciones a todos los Departamentos de América relacionados con la búsqueda del divo que está complicado en el robo del collar de la hija de Goodwin. Como sea que la única manera de identificarlo es por la voz, todos los teatros de los Estados Unidos están constantemente vigilados por agentes especiales, que, debido a las circunstancias, deben de tener una comprobada educación musical.

En Hollywood, el inspector general y el detective Flugelman, comprueban personalmente todas las actuaciones de los divos. Flugelman, que con su descuido originó el robo de la joya, aumenta sus actividades

recorriendo todos los lugares donde pueda hallarse un cantante.

Para el inspector es inexplicable la carencia total de datos, y está seguro de que la única pista que puede llevarle al esclarecimiento del robo, es la de hallar al misterioso tenor. De no ser así, la falta total de detalles referentes al hecho, tienden a que éste quede impune.

Obsesionado por el asunto, que cada día es más desolador, se acoge al amable ofrecimiento hecho por Rodowsky, consistente en ir probando a todos los tenores de la localidad. A tal fin, se pone de acuerdo con el maestro, y en determinadas horas del día, el despacho del inspector más bien parece una escuela de canto que no una Jefatura de Policía.

Los esfuerzos que para llegar a la captura del divo se llevan a cabo, han resultado ineficaces hasta el momento. El propio inspector así se lo confiesa, con pesar, pero vuelve nuevamente a insistir en la prueba de tenores, con la esperanza de que algún día se encuentre al culpable.

Esta singular manera de identificar a un ladrón, da pie a un gracioso cuadro. Todos los cantantes que han actuado y actúan en los diversos espectáculos, son llevados a presencia del inspector, quien, acompañado de Rodowsky, procede a escucharles. De esta manera, pasan por la oficina de Policía los más graciosos tipos y es dado escuchar las voces más extravagantes.

—Que pase otro—ordena el inspector al terminar de una nueva decepción.

—Créame, inspector, que empiezo a cansarme y me temo que nuestro joven ha desaparecido de América.

—A ver si logramos localizarle. Cante usted—dice, dirigiéndose a hombre pobremente vestido, que acaba de introducir el policía de servicio en la oficina del inspector y que demuestra bien a las claras que la edad de la voz de oro pasó hace mucho tiempo para él.

—¿...?

—¡Cante usted, le digo!—vocifera enérgico el inspector.

El pobre hombre, tras muchos esfuerzos para abrir la boca, logra al fin dar a entender que no puede efectuarlo, y con voz apenas ininteligible, dice al inspector:

—No puedo hacerlo, porque estoy afónico.

Rodowsky contempla la escena malhumorado y hace signos afirmativos al inspector para que deje marchar al pobre hombre. A continuación un nuevo tipo con unas barbas de un mes es introducido a presencia de los dos críticos. Ante el aspecto apocado del hombrecillo y la cara de asombro y miedo que tiene al hallarse ante la policía, Rodowsky le dice ásperamente:

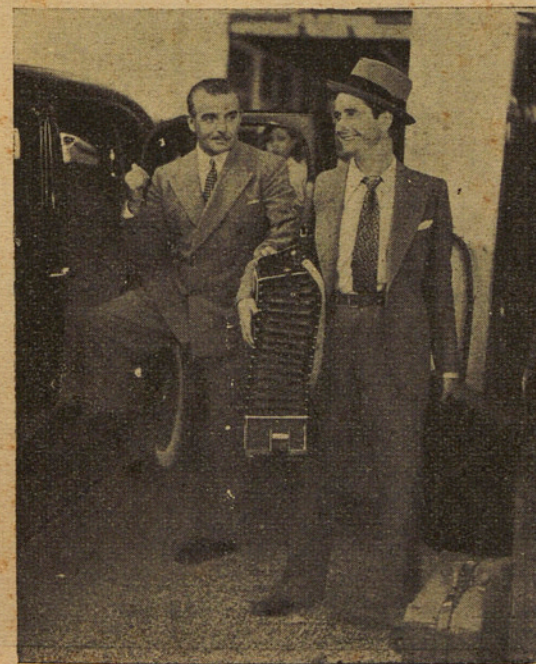
—Oiga, señor Robinsón, no se encuentra usted en ninguna isla desierta. Termine pronto.

—Sí, cante—ordena el inspector.

—Oígame—le ataja Rodowsky—, estoy perdiendo mi tiempo lamentablemente. Día tras día he venido aquí con la esperanza de encontrar la persona buscada, pero hoy creo conveniente decirle, mi querido inspector, que no es necesario continuar estas aburridísimas sesiones. Ya he soportado bastante. ¿No lo cree usted así?



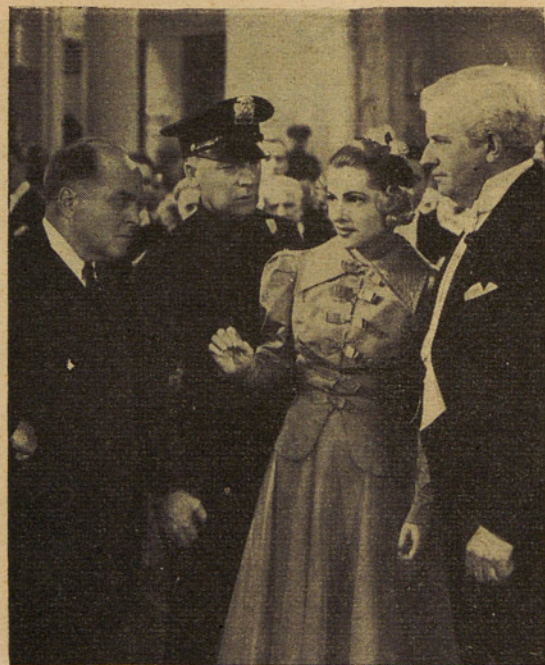
Harding y Rollins le obligan a abandonar la fiesta..



—Suba, tome asiento y no se preocupe de ello..



— ...Atiende bien, y grábate en la memoria que tú nunca nos has conocido...



—Soy una compositora y vine a ver al señor Rodowsky.



Jean, llamada a declarar, se encamina, acompañada de Flugelman al despacho del inspector.



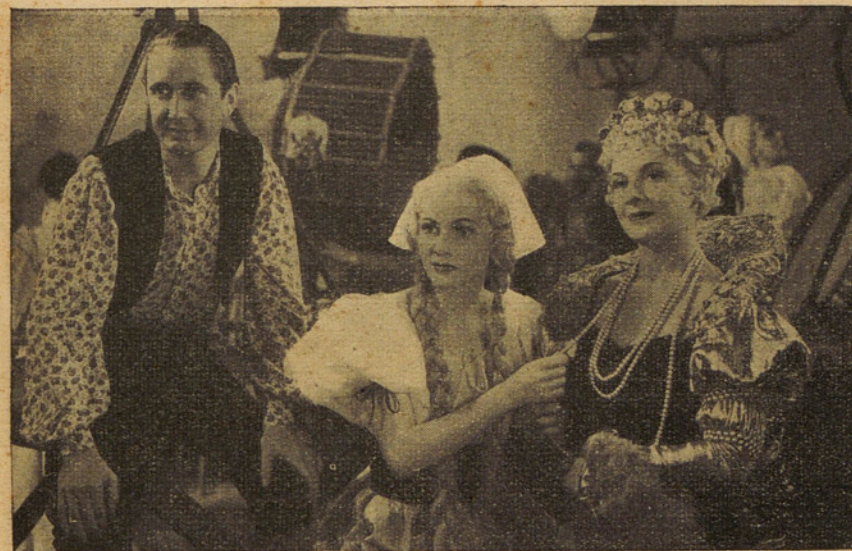
—Oigame sargento; tengo algo urgente e importantísimo que manifestar.



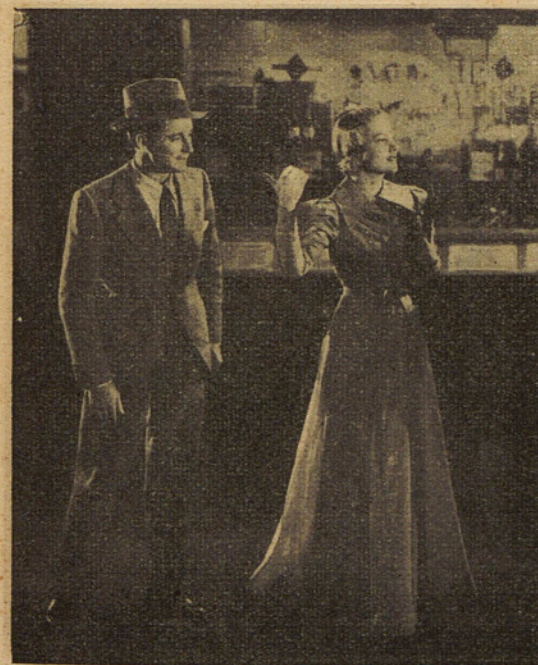
Nino se decide a declarar pero la cara ceñuda del sargento le hace desistir.



Cuando Nino ya se hallaba en la puerta de salida, el sargento de guardia le interroga violentamente.



—¿Quién es ese Barretti?
—dice Nino a Jean que se halla a su lado.



Y situándose al borde de la calzada se pone hacer la clásica señal.



Jean comienza a tocar un trozo de su opereta, que escucha Nino, de pie, al lado del piano.



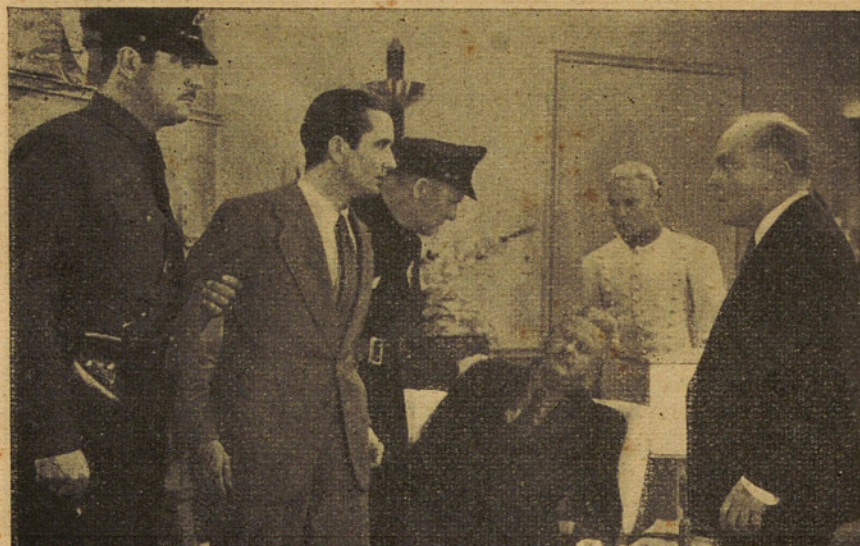
—Pero usted puede juzgar mi voz...



—Sea como sea. El tenor de la noche de Goodwyn soy yo.



—Vengo a ofrecerle actuar en un concierto en el Hollywood Teatro.



—Señor inspector, ahora tiene que actuar en nombre de la Ley.

—Arréstenlo—ordena Robins a los guardias.



—¿Qué ocurre Flugelman?—pregunta Robins.

—Prepárese a entregarme 25,000 dólares.

—Pero es necesario a toda costa identificar esta voz—insiste el inspector ante el repentino enfado de Rodowsky.

—Para ello, puede utilizar a Flugelman, él...

—¡Hurra!—exclama Flugelman, entrando precipitadamente en la habitación, trayendo consigo a un hombre, fuertemente cogido del brazo—. Ya lo encontré. ¡Esta vez sí que no me he equivocado!

—¿Está seguro de que es él?—pregunta ansioso el inspector, con la esperanza de terminar tantos malos ratos.

—Mi oído no me engaña.

—Bien, aunque así sea, ya le he dicho que no estoy dispuesto a oír ningún Caruso más. Adiós y hasta la vista. Les deseo que tengan éxito en sus gestiones—se despidió Rodowsky fatigado de oír tantos disparates.

El hombre que acompaña a Flugelman no es tampoco el tenor que se busca, y este nuevo fracaso sume al inspector en un estado desesperante. Otra vez acude a las emisoras de radio para que anuncien constantemente la gratificación de 25.000 dólares que ofrece Mr. Goodwin a quien aporte detalles encaminados al hallazgo del tenor.

Mientras tanto, los dos individuos que han comprometido a Nino tan

seriamente, gozan de completa libertad, ya que están seguros de que Nino, atemorizado por las consecuencias que podría acarrearle su actuación, habrá silenciado ésta a la policía. Rollins y Harding han dado un buen golpe, que les ha proporcionado pingües beneficios. No obstante, es Rollins quien empieza a dudar de la efectividad de la jugada y se lamenta de ello delante de sus compañeros de fechorías.

—Oye, Harding, yo creo que hemos cometido una equivocación.

—¿Por qué, Rollins?

—¿No te has dado cuenta de la importancia excepcional que se da a la voz de ese muchacho?

—Sí, ciertamente. Todos son elogios para él.

—Y además, de acuerdo con Rodowsky, el producto que se puede obtener explotando su voz es muy superior al valor que pueden tener las perlas.

—Sí, quizá tenga razón; pero es preferible lo seguro que lo problemático. Además, hemos cometido la torpeza más grande de nuestra vida al soltarle en mitad de la carretera de Los Angeles. Para terminar bien este asunto de las perlas, hubiera sido mucho mejor vaciarle un cargador en el cuerpo. ¿Quién te dice que no vaya con el soplo a la policía?

—Se juega la vida, si así lo hace.

—Más perdemos nosotros. Yo creo que lo mejor es buscarle por nuestra cuenta y liquidarle de una vez.

—En consecuencia, es preciso que movilizemos a toda la banda.

—No repares en lo que cueste encontrarle. Lo cierto es que no viviré tranquilo hasta que sepa su paradero.

Los dos socios comienzan a te-

mer que Nino se decida a confesar a la policía su intervención casual en el robo, y la lance sobre la pista de ambos, para lo cual sólo tendría que indicar las habitaciones que ocuparon en el Carlton. Para evitar-se la angustia de este interrogante, deciden buscarle, con la intención de hacerle desaparecer del escenario de sus actuaciones, ya que de otra manera siempre les queda el peligro de la delación.

JEAN RECONOCE LA DOBLE PERSONALIDAD DE NINO

LA vida agitada que se observa en el interior de un Estudio, lo es doblemente si se tiene que acudir a las llamadas de todo el personal técnico para probar nuevos planos, movimiento de masas, juegos de luces, que terminan agotando en una jornada, prolongada en ocasiones hasta altas horas de la madrugada.

Estos motivos, que han obligado a muchas horas de permanencia en el trabajo, han dado ocasión a Jean y a Nino para acentuar más intensamente el amor que surgió en la primera noche que se vieron.

Cuando el trabajo termina, Jean y su amiga Nora, acompañadas por Nino, emprenden la marcha hacia

la residencia de las dos primeras, distante de los estudios.

Nora, que observa como espectadora la emoción cariñosa que dejan fluir de cada una de sus palabras, no llega a explicarse cómo Nino no declara abiertamente su amor a Jean, sin comprender que éste no lo hace por temor. En efecto, diferenciado de Jean por el idioma y las costumbres y también con la influencia romántica de su raza, no quiere lanzarse a una aventura sin contar con algo seguro. Si su desesperación fué grande en la primera noche de Hollywood, al verse comprometido y de hecho perdida la voz, más lo ha ido siendo en los últimos días que su trato constante con Jean le ha hecho ver que al perder la oportunidad de triunfar también huía la oca-

sión de casarse con ella, a la que adora tiernamente.

Jean, asimismo, no se explica el comportamiento de Nino, pues sabe perfectamente que no es pura amistad lo que ahora demuestra en sus palabras y en sus actos, pero deja que transcurra el tiempo como supremo mediador de todo conflicto.

No obstante, no llega a comprender la vida de este muchacho italiano, que dejó su hogar y su tierra para venir a California sin otro bagaje que unas ilusiones de gloria que Jean no se explica cómo pensaba obtener. Sabe por experiencia que son pocos los extras que llegan a consagrarse en la pantalla, y no cree que Nino espere llegar a ser estrella siguiendo este camino. Se interroga a sí misma y no puede por menos que confesar sinceramente una doble personalidad en Nino, que éste mantiene encubierta por alguna circunstancia especial que no le permite darse a conocer.

En cierta manera, es inexplicable la actitud de Nino, que siempre desvía la conversación cuando Nora ha intentado saber sus anteriores ocupaciones en Europa. Y Jean recuerda que, a raíz del encuentro en la Comisaría y al inquirir la muchacha la profesión del desconocido que aseguraba le habían robado su co-

che, sólo pudo obtener respuestas confusas, y si dijo que era empresario, lo hizo con intenciones de terminar airoso las preguntas que se le dirigían.

Si todo ello fuera poco, existe todavía otra circunstancia que tiene sumamente preocupada a Jean. Debido a la mutua convivencia, ésta ha enseñado a Nino la opereta que ha compuesto y en ocasiones se ha puesto a interpretar fragmentos de ella en las habitaciones que ocupa su amiga Nora y en compañía de Nino. Y la joven ha observado la educación musical del muchacho, a pesar de que Nino pretende ampararse en coincidencias y hechos casuales con el fin de no darse a conocer.

Al final de uno de estos días de trabajo en el estudio, los tres extras se dirigen alegres a la casita que tienen Jean y Nora en la montaña, para descansar en bulliciosa alegría.

Jean, distrayéndose con su pasión favorita, se sienta al piano y comienza a interpretar un trozo de su opereta, mientras Nino de pie y al lado de ella, contempla la partitura con locos impulsos de romper a cantar. La muchacha, ajena a la lucha que sostiene Nino consigo mismo, empieza a entonar una dulce melodía.

—Es muy bonito, Jean—comenta Nino.

—Muy bien. Celebro que te guste.

—No solamente a mí, sino también al mundo.

—¡Oh!, eso soñé yo al principio..., pero ahora...

—No te lamente, Jean. Te aseguro que apenas sea conocida va a dar triunfalmente la vuelta al mundo.

—Muy bonito; ¿y dónde se quedará su autora?—pregunta cómicamente Jean.

—Perdóname; mi lenguaje fué falto de elocuencia—responde Nino con un gesto de amargura, mientras Jean comienza nuevamente a cantar.

Pausadamente, Nino se retira a la ventana, y desde allí contempla a Jean repetidas veces; su corazón está triste al verse sujeto por tan traicioneros lazos. Intenta expresar sus sentimientos con el canto, y la realidad le dice el peligro que corre; ansía llegar a hacer de Jean su compañera, y también la realidad le presenta el triste cuadro de un porvenir oscuro y sin ambiciones.

Contrariado por tanta desgracia, abandona repentinamente la habitación de Jean y se aleja de la casa. Tiene necesidad de buscar un rincón solitario, y amparado por la obscuridad y la quietud de la noche, dar libre cauce a su dolor. No puede re-

sistir más esa situación absurda que se ha creado, y al contemplar las mil luces de Hollywood que parpadean al pie de la colina, rechaza todos sus temores y empieza a cantar.

Toda la tristeza y emoción de los amargos momentos pasados, impregnan la canción de Nino. El temor largamente mantenido de dejar oír su voz, roto en este momento, hace que ésta sea más modulada y con mejor expresión de los sentimientos. Estos días que han hecho vivir a Nino en un constante sobresalto, han servido de experiencia al muchacho.

Jean se ve gratamente sorprendida al reconocer a través de las notas que llegan por la ventana, al tenor misterioso que actuó en casa de Goodwyn; cree es una ilusión suya, mas se convence de que es realidad, al asomarse a la ventana y percibir claramente la voz.

Desciende rápidamente por la escalera y, guiada por el sonido, se dirige al lugar donde se encuentra el misterioso cantante. Se acerca quedamente al lugar donde está Nino y aprecia que es éste el tenor que anda buscando la policía.

—¡Nino! —grita la muchacha sorprendida y atemorizada al pensar que se encuentra delante de un ladrón.

—Estoy fuera de mi Jean. No pude resistir más la tentación de cantar libremente, apartando del pensamiento los absurdos motivos que me obligan a permanecer en la obscuridad.

—¿Entonces eres tú el divo de la fiesta de Goodwyn?—inquire Jean aterrorizada, comprobando que Nino confirma sus temores.

—Sí, Jean; soy un ladrón, soy un fugitivo...

—¿Cómo hiciste eso?

—Todo el mundo cree que fui yo, y yo, Jean, no puedo demostrar mi inocencia. Recuerda que la primera noche que nos conocimos, allí en la comisaría de Policía, te dije que me habían robado mi mejor tesoro.

—No puedo creerte, no puedo creerte...—suspira Jean escondiendo la cabeza entre las manos, para contener el llanto.

—Me mentiste siempre. Me has engañado.

—Jean, ¡por favor!

—No intentes seguir mintiendo. Es preferible que seas leal y te marches cuanto antes...

—Pero, Jean, ¿tampoco quieres creer tú en mi inocencia?—pregunta intranquilizado Nino, al ver las fatales consecuencias que se derivan de su incontenido deseo de cantar.

—No puedo creerte. No quiero volver a verte nunca más—se des-

pide Jean marchándose hacia casa llorando su desilusión.

—¡Jean, Jean!—demanda inútilmente Nino, al reparar que su soledad es ahora todavía mayor, ya que ha perdido el único afecto que le quedaba.

Desconsolado por la actitud de Jean, Nino examina los pocos días que ha estado en Hollywood y las muchas desilusiones sufridas. Ahora es Jean, en la que confiaba creyera en su inocencia, la que le abandona en sus tribulaciones. Pasea con tristeza su mirada por las centelleantes luces de Hollywood y las siluetas de sus edificios, y convencido de la inutilidad de su vida, toma una súbita determinación. Se encamina corriendo a casa de Jean y penetra resueltamente en ella. Es Nora la que le recibe.

—¡Ah! ¿es usted?

—Nora...

—¿Se puede saber qué le ha hecho a Jean?

—¿Yo? Nada, no le he hecho nada.

—No lo comprendo.

—Nora, no alce la voz. Tengo algo que decirle y es preciso que Jean no se entere—suplica Nino, haciendo ademán de no escandalizarse.

—Es curioso. Yo quiero saber lo que le sucede a Jean. Hace un mo-

mento ha entrado con evidentes señales de disgusto y ahora está llorando en su habitación — insiste Nora.

—Está bien. Luego lo sabrá. Ahora es preciso que se vista rápidamente y venga conmigo a ganarse veinticinco mil dólares.

—¡Veinticinco mil dólares!—se asombra Nora, desconocedora de que a Nino le busca la policía.

—Sí, veinticinco mil dólares. Y con ellos Jean podrá estrenar su opereta — manifiesta Nino, intentando convencer a Nora.

—¿Se ha vuelto usted loco?—supone Nora, que no se atreve a creer lo que le dice Nino.

—No. Estoy completamente bien. No hablemos más y vístase mientras yo voy al garaje en busca de su coche. ¡Ah! Sobre todo, ni una palabra a Jean.

Nino ha decidido sacar el mejor partido de su difícil situación y para ello fingirá que ha sido detenido por Nora, con el fin de que ésta cobre los 25.000 dólares ofrecidos en recompensa a quien lo entregue a la Policía, dólares que ofrecen a Jean la oportunidad de dar a conocer al público su opereta.

Siguiendo este plan, se dirige con Nora a la Comisaría de policía, presentándose en el despacho del inspector.

—Yo soy el tenor que buscan ustedes—dice Nino.

—Pues le diré sinceramente que no tiene usted el aspecto que yo esperaba.

—Yo le garantizo que soy el que cantó en la fiesta de Goodwin.

—¿Cómo se llama usted?

—Nino Maretti. ¿Y el suyo?—pregunta distraídamente al inspector.

—Ernest Robin...—contesta éste impulsivamente—. Oiga, aquí el único que puede hacer preguntas soy yo.

—Entiendo. Pero es preciso que me detengan. Yo soy el tenor que andan buscando y...

—Todo el mundo pretende ser el tenor de la casa de Goodwin y todos tienen menos voz que yo—contesta despreciativo el inspector ante las afirmaciones de Nino, y considerando que desde que Rodowsky auguró una crecida cantidad al afortunado mortal que poseyese la voz que se andaba buscando, sería pronto dueño de una fortuna.

—Yo puedo demostrárselo—asegura Nino—cuando usted quiera. Además, esta señora que me acompaña, me ha capturado y ha venido a que le hiciesen efectiva la gratificación de 25.000 dólares que se ha ofrecido.

—Bien, hable usted—se dirige el inspector a Nora, puesto que ésta no ha dicho una palabra desde que entró.

—Pues... le aseguro que éste es el misterioso tenor que está complicado en el robo de las perlas—explica Nora, no sin grandes dificultades y poco convencida de lo que dice, suponiendo sea una estratagema de Nino.

—Sí, soy yo, señor inspector. ¡Deténgame!

—Así lo haré. Rodowsky se encargará de afirmar o desmentir lo que usted dice...

Pero las palabras del inspector quedan interrumpidas por la entrada inesperada del detective Flugelman, quien, con grandes muestras de júbilo, enseña a un individuo que trae medio arrastrando.

—¡Éxito! ¡Éxito! ¡Ya tengo al tenor!

—Sí, y yo tengo otro—contesta displicente el inspector.

—¿Quién es ese otro? ¡Imposible! El que traigo yo es el que buscamos—asevera Flugelman, señalando la escuálida figura que le acompaña.

—Sí, sí, yo soy Nazio Spaghetti, el mejor tenor del mundo—sonríe enfáticamente éste, haciendo su propia presentación y acompañando la publicidad.

—¿Dónde ha cantado usted?—le pregunta Nino, asombrado de que haya otro que quiera usurparle la probabilidad de entregar la gratificación a Jean.

—Mi público es el mundo entero—responde cómicamente Spaghetti, con estudiados ademanes.

—Menudo lío éste. Dos tenores y los dos pretendiendo ser los de la fiesta de Goodwin—se desespera el inspector.

—Además—sigue Spaghetti, continuando su campaña publicitaria—he cantado durante mucho tiempo en el Tortilla Café, de Méjico.

—Sí, de allí le traigo—aclara el detective Flugelman.

—Sea como sea. El tenor de la noche de Goodwin, soy yo. Rodowsky es quien puede garantizarlo—indica Nino al inspector.

—Exactamente. Y esto vamos a saberlo inmediatamente—confirma éste cogiendo el teléfono—. Oiga... ¿Carlton Hotel?... Tenga la bondad de ponerme con el señor Rodowsky. ¿Qué?... ¿Se ha marchado sin dejar la dirección?... Flugelman, tenemos que saber dónde se ha marchado.

—Sí, inspector—murmura confuso el detective, sin saber cómo obtener tal información.

—Bien, señor inspector—dice

Nino—, pero mi descubridora no puede permanecer aquí una eternidad.

—Lo siento. Sin la identificación de Rodowsky no hay indemnización.

—Pero usted puede juzgar mi voz.

—Y la mía—añade Spaghetti.

—Déjenme en paz... Rodowsky tiene la palabra.

—A mí no me atemoriza el calabozo—exclama Spaghetti, mirando hacia el techo y con grotesca entonación—, pues soy el hombre preferido del gran Rodowsky.

—Llévenselos—ordena el inspector a los policías de servicio.

—Bien, muchachos—sonríe Nora—, yo he cumplido mi misión an-

te la justicia—. Pronto tendremos la solución de este problema—comenta, sin saber ella a punto fijo quién de los dos será el verdadero tenor.

—Señorita—se excusa el inspector—; hasta que no encontremos a Rodowsky no puedo darle ninguna seguridad de que perciba la gratificación. Este desgraciado asunto—comenta para sí—presenta contradicciones por demás curiosas. Al principio nadie quería saber nada con la policía, y aquellos que tenían que cantar delante de Rodowsky fingían contratiempos, mientras que ahora todo el que puede levantar la voz un poco más de lo normal, pretende ser el Caruso que andamos buscando.

¡NINGUNO DE LOS DOS!

LA inesperada ausencia de Rodowsky y la carencia de noticias de su actual residencia, sumen al inspector Robins en un caos de indecisiones. Dos hombres pretenden convencerle sobre la autenticidad del tenor que actuó en la fiesta de Goodwyn, ilusionados, sin duda, por el brillante porvenir que Rodowsky ha profetizado al cantante.

Flugelman es partidario ferviente del candidato Spaghetti, a quien cuida en todo momento, con la esperanza de que si Rodowsky reconoce en él la voz privilegiada, recibirá por su captura una recompensa de 25.000 dólares y tal vez un ascenso en el Cuerpo.

Decidido Robins a dar una solución rápida al asunto, acude a una

idea que considera puede dar óptimos resultados, a pesar de desconocer la actual vivienda del maestro. Para ello, acude a la estación emisora de radio, con los dos pretendidos carusos, con objeto de hacerles actuar delante del micrófono y en la esperanza de que serán oídos por Rodowsky, el cual podrá comunicar inmediatamente cuál de los dos es el tenor tanto tiempo buscado.

Naturalmente, el espectáculo ha despertado gran expectación entre los aficionados, presentando la sala del estudio un lleno imponente. El público está impaciente por conocer al célebre tenor, olvidándose de la complicidad que tuvo con el robo del famoso collar, y recordando solamente las alentadoras palabras pronunciadas en diversas ocasiones

por el maestro Rodowsky en favor de él.

—¡Formidable, jefe! — comenta Flugelman—. Este salón presenta un aspecto delicioso; seguramente no ha tenido tanto éxito en ninguna otra ocasión.

—Sí, dentro de unos instantes veremos si mi idea obtiene los resultados que deseo; de lo contrario, me consideraré el hombre más torpe del mundo.

—Creo que sí, y entonces se demostrará que el cantante buscado es Spaghetti, el hombre que yo he encontrado—maniesta optimista Flugelman, con la esperanza de que la gratificación pase a su bolsillo.

—Señor inspector del distrito—dice Spaghetti con fatuidad—, no dudo que cuando yo cante delante del micrófono, Rodowsky le dirá a usted que yo soy el verdadero tenor.

—Mi pobre amigo. El gran Rodowsky me oirá cantar y reconocerá mi voz entre un millón, sin contar que no puede compararse con la de un cualquiera como la suya—se interpone Nino, ante la fatuidad de Spaghetti y haciendo uso de las mismas armas.

—¡Eso es insultarme!

—¡Silencio, silencio!—ordena el locutor de la emisora—. Debido a la cortesía de la emisora KAFF, y a instancias del Departamento de Po-

licía, se inicia esta sesión destinada a la prueba de tenores sospechosos. Se agradecerá al señor Rodowsky preste atención. En el caso probable de que se hallase escuchando la emisión, se le ruega telefonee al número 3000 de Hollywood, Inspector general, manifestando cuál de los dos hombres que van a cantar a continuación es el propietario de la voz que se oyó en la fiesta de Goodwin.

La Providencia quiso que el secretario Kraus se encontrase escuchando la radio en dichos momentos, y enterado de la petición que hacía el locutor de la misma, acudiese en busca de Rodowsky. Este, al dejar Hollywood deseoso de no ser molestado durante una temporada, se trasladó sin previo aviso a una hermosa villa, a orillas del mar, en la que distraía sus ratos con la música y la literatura. Sentado en un sillón del cuarto contiguo al que se halla Kraus, deja transcurrir placidamente el tiempo.

—¡Mr. Rodowsky, Mr. Rodowsky! — exclama Kraus, penetrando en el cuarto como una exhalación—. La emisora KAFF solicita su opinión. Oiga, oiga...

—...cuál de los dos hombres que van a cantar a continuación es el propietario de la voz que se oyó en la fiesta de Goodwyn. Comuníquelo

al teléfono 3.000...»—repite nuevamente el locutor.

—Kraus, dájame tranquilo. Estoy ya harto de tantos tenores prodigio y he venido aquí a este rincón de la costa a descansar, y no a que se me moleste con más ensayos.

—...Spaghetti Nazio, va a ser el primero en interpretar la misma romanza de «I Pagliacci», «Vesti la giubba».

Las primeras notas de Spaghetti, convencen a Rodowsky de que no es ése el hombre que se busca, y ordena, malhumorado, a Kraus:

—Ya te he repetido varias veces que no quiero ser molestado. Te prohíbo terminantemente que me distraigas más con semejantes tonterías. No creo que valga la pena dejar una bella lectura para oír semejantes gritos de histérico. Cierra la puerta y déjame tranquilo.

Cumpliendo las instrucciones recibidas, Kraus se retira de la habitación y comprende que, efectivamente, no vale la pena de escuchar las voces que se oyen por el aparato.

También el público que acude al estudio de la KAFF observa que no hay nada de extraordinario en la voz de Spaghetti, y continúa impasible cuando éste termina su canción.

—A continuación—anuncia el locutor—, Nino Maretti va a interpretar el mismo fragmento. Nos per-

mitimos repetir al señor Rodowsky, si está escuchando, que al terminar de cantar este tenor se sirva telefonar al número Hollywood 3.000, manifestando si ha reconocido al di-vo que busca la policía.

Nino se ve, al fin, ante la oportunidad por tanto tiempo esperada. Adelantándose hasta el micrófono, comienza a dejar oír su melodiosa y bien timbrada voz, al propio tiempo que, instantáneamente, el público se da cuenta de que se encuentra ante el tenor que tanto alaba Rodowsky.

Kraus, en el domicilio de éste, y al reconocer la voz de Nino, corre hasta la puerta de la habitación en que se encuentra el maestro, mas temeroso de recibir un nuevo reproche, no se atreve a instarle a que escuche la radio ya que esta vez se trata realmente del cantante del robo de las perlas. Finalmente se decide a entrar, y abriendo la puerta prudentemente, dice humildemente a su señor:

—Perdón, maestro, si esta vez le molesto es porque estoy completamente seguro...

—¡Estoy hasta la coronilla de tus seguridades!—clama Rodowsky, haciendo a Kraus un enérgico ademán de que se retire inmediatamente—, y te repito una vez más, que si no quieres...

La voz de Nino, que la radio deja oír en la habitación inmediata, la percibe finalmente Rodowsky en medio de sus gritos, y su semblante antes huraño, empieza a tomar una amable placidez, al mismo tiempo que, levantándose de su cómodo sillón, se dirige silenciosamente al lado del aparato receptor.

Kraus también está satisfecho, ya que por primera vez ha acertado en el terreno lírico, proporcionando al maestro la ocasión de oír nuevamente la esperada voz, y su redondeado semblante se esconde entre sus grandes mejillas hinchadas por la satisfacción.

La actitud que guardan ambos ante el aparato de radio, es semejante a la de los fieles en un rito solemne. Silencio, quietud y mucha atención observa Rodowsky, a la vez que entorna los ojos para que, apartándose de los objetos materiales, aprecie mejor la sublime belleza que representa la ópera de Leoncavallo, ejecutada por un tenor excelente.

El final del fragmento sorprende a Rodowsky en semejante éxtasis, que es prontamente interrumpido por la voz del locutor, que repite:

«—Atención, señor Rodowsky... Atención, señor Rodowsky... Si usted ha estado escuchando la emisión, se le suplica telefonee al Hollywood número tres, cero, cero, ce-

ro, en donde se encuentra el inspector general de Policía, para proceder a la identificación de los dos cantantes que acaban de actuar. Atención, señor Rodowsky... Habla la estación KAFF.»

Atendiendo a las indicaciones de la estación emisora, éste se dirige al teléfono, dispuesto a ponerse en comunicación con ella, pero sus ojos de continuo inexpresivos, tienen un brillo malicioso.

—Deme comunicación con el número 3.000 de Hollywood.

«—Atención, señor Rodowsky... —continúa la emisora una vez más.

Un botones, entrando rápidamente en la cabina del estudio, anuncia:

—Señor inspector general, el señor Rodowsky está al teléfono.

Al oír semejante aviso, el inspector Robins emprende una carrera hacia el despacho en que se halla el teléfono, y es seguido por todos los interesados en el asunto, que no reparan en su condición de detenidos y hacen caso omiso de los policías que les custodian.

—Ya verá, jefe, cómo mi tenor es el bueno —bromea gozoso Flugelman, con la esperanza de la recompensa.

—¡Cállese, Flugelman!... Oiga, señor Rodowsky: ¿ha escuchado usted la radio?... Entonces tenga la bondad de decirme cuál de los dos

cantantes es el complicado en el robo del collar.

—Dirá que soy yo — anuncia Nino.

—No; es a mí a quien señalará — reclama Spaghetti.

—Sí, sí, señor Rodowsky—continúa el inspector hablando por teléfono—, oigo perfectamente bien. ¿Qué?... ¿El primero que cantó?...

Spaghetti, al anuncio de tales palabras, comienza a pasarse la mano por el cabello alisándose hacia atrás, con gesto de superioridad y condescendencia para su enemigo. Mas pronto termina su alegría al oír nuevamente al jefe de Policía, que sigue dialogando con el maestro, en estos términos:

—Entonces... ¿dice que el primero que cantó no es... porque tiene una voz insignificante?... ¿Cómo?... ¿Que el segundo tampoco es nuestro hombre? — interroga asombrado el inspector.

—No—declara la voz de Rodowsky al otro lado de la línea—; no es ninguno de los dos. Desde luego, el segundo tenor tiene mejor voz que el primero, pero ninguno es el que usted busca.

—¿Qué dice usted? — inquiere Kraus extrañadísimo.

—Yo soy el músico Rodowsky, y no ningún detective. Y no he querido identificar esta magnífica voz,

porque quiero rescatarla para el arte.

—Ahora comprendo...

—Sin perder tiempo, prepara las maletas.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Eso es cosa que verás más tarde, mi querido Kraus.

El temperamento artístico del maestro se rebela ante lo que supone la pérdida para el arte de la voz de Nino, y prefiere no identificarle, seguro de que llegará a encauzar por la senda del bien al infeliz muchacho.

Pero este gesto altruista del maestro ha repercutido lamentablemente en el estado de ánimo de Nino, que no acierta a explicarse cómo no ha sido reconocido en su actuación de la emisora, y comienza a sospechar la pérdida de sus facultades, entristeciéndose mayormente al considerar que sus intenciones no han tenido ningún resultado práctico, porque al ser puesto en libertad, Nora dejará de percibir la suma que se ofrecía por su persona, y que destinaba al estreno de la opereta de Jean.

La emisión ha sido escuchada también por los socios Rollins y Harding, que reconocen inmediatamente la voz de Nino.

—¡Siempre me pesará el no haberle suprimido!—maldice Harding.

—Nuestra detención es inminente como no logremos apoderarnos de ese muchacho. Nuestro amigo el señor tenor, nos está buscando mejor hogar—comenta Rollins, pensando en la cárcel que les espera, como Nino diga todo lo que sabe.

Pero si en este lugar Nino es tratado con dureza, la misma emisión de radio ha llevado también sus notas a una humilde casita situada en las afueras de Hollywood, en donde un corazón femenino apura las amarguras de la separación.

EN EL QUE DOS HOMBRES SE DISPUTAN EL INGRESO EN EL CALABOZO

LA respuesta telefónica que ha dado el célebre músico, no ha satisfecho a ninguno de los dos tenores, que ponen en juego todos sus recursos para ser detenidos.

Pero indudablemente el más contrariado es el inspector Robins. Su idea ha tenido un éxito aceptable hasta cierto punto, pues si bien ha logrado encontrar a Rodowsky, no ha podido identificar todavía al cantante. La situación un tanto extraña y curiosa que presenta el caso que le preocupa, le hace exclamar al dejar el aparato y completamente desalentado:

—Tampoco hoy... Ya no sé por dónde buscar a ese endiablado hombre.

—No puede ser que el maestro haya dejado de reconocer mi voz— se queja Nino.

—No se aflija, jefe — exclama Flugelman, dirigiéndose a Robins.

—Pero, si... yo soy Spaghetti Nazio, el Raffles de los tenores— anuncia éste, insistiendo.

—¡Basta! ¡Basta ya! Ninguno de los dos es el tenor que ando buscando— clama el inspector, colérico por la insistencia de los dos muchachos—. Y usted, hágame el favor de no decir una sola palabra más. Están arruinando mi carrera política.

—Pero..., ¿y la mía? — interroga Spaghetti—. ¿Y lo que represento para el arte?

—Señor inspector — interviene Nino conciliador—, no pretendo causarle tal perjuicio. Le aseguro que yo soy el cantante de la fiesta de Goodwin, y tengo pruebas para demostrárselo. Deténgame a mí hasta que Rodowsky vuelva a oírme cantar, y entonces identificaré mi voz.

—No, no; es a mí a quien debe detener— reclama Spaghetti.

—Todo esto es un poco problemático— sugiere el inspector confuso.

—Señor Robins, ésta es su oportunidad.

—Entonces, si no quiere detenerme usted de buen grado, se verá obligado a efectuarlo a la fuerza— aclara Nino, mientras se encamina a la puerta, yéndose precipitadamente.

—¿Eh? ¿Qué pretende hacer?

—Pronto lo sabrá.

Efectivamente, al poco rato entra un policía conduciendo a Nino y le presenta al inspector Robins, acusándole de haber insultado a la autoridad.

—¿Conque yo no soy el tenor, eh? Veá, señor inspector, ahora tiene que actuar en nombre de la Ley.

—Conforme. Arréstenlo — ordena Robins a los guardias.

—Gracias, muchas gracias— agradece Nino—. Verá usted como no

le pesa haberme detenido. Porque soy yo, y nadie más que yo, el tenor de Rodowsky. Adiós, mi pobre muchacho— le dice al desventurado Spaghetti.

Mientras Nino es encerrado en un calabozo de la Jefatura, en espera de una solución más favorable y un nuevo fallo de Rodowsky, Jean comprende que su actitud en la última noche que vió a Nino, fué completamente equivocada.

Obrando a impulsos de un orgullo mal entendido, no supo ver en las palabras de Nino la inocencia del muchacho, y en lugar de prestarle un generoso apoyo, le impulsó a una situación deplorable.

Su instinto femenino le anuncia que la voluntaria presentación de Nino a la policía obedece a otras causas que las de justificar sus actos en la noche del robo, y es Nora, su compañera, la que se decide hablar claramente de las intenciones de Nino.

—Jean: no entiendo tu actitud con este pobre muchacho.

—Empiezo a arrepentirme de lo que hice.

—Sin querer, le has empujado a una tragedia.

—¿Por qué?— demanda Jean alarmada.

—Por una razón muy sencilla, Jean. Al saberse despreciado por ti,

y teniendo en cuenta tus apuros para estrenar la opereta, me hizo ir con él a la Jefatura de policía; allí se presentó como el cantante que andan buscando y aseguró que yo le había descubierto, para que percibiera los veinticinco mil dólares de gratificación y tú pudieras ver en la escena tu obra.

—Nora: ¿tú has hecho eso?

—Si me arrastró él...

—¡Pero ahora será identificado por Rodowsky, y terminará sus días en una cárcel!

—La radio nos lo dirá, porque al mismo tiempo que llegamos nosotros se presentó otro individuo, pretendiendo ser el tenor complicado en el robo, y naturalmente van a enfrentarlos a los dos, para saber el fallo del maestro.

—¡Dios mío! ¡Pobre Nino!—lamenta Jean, pensando en su amado.

—Mi querida Jean, yo creo que ya es hora de que confieses tus verdaderos sentimientos. Si en lugar de haberlos ocultado durante este tiempo, ambos los hubierais manifestado, a estas horas os evitaríais todos estos malos ratos, porque no me cabe la menor duda de que si Nino está loco por ti, tú también quieres a Nino—reprocha Nora a su amiga.

—Tienes razón, Nora—concede la atribulada muchacha—; pero ahora, ¿cómo podría ver a Nino?

—No hallo solución a tu pregunta.

Mientras las dos amigas sostenían esta conversación, Nino, tumbado en una estrecha cama del calabozo, distrae sus ocios cantando diversos fragmentos de óperas conocidas.

—¡Oiga, oiga!—le increpa un guardia.

—Buen día, señor, un magnífico día, ¿no le parece?

—Sí, pero eso no es lo que me trae aquí. Hay dos hombres que preguntan por usted y quieren verle.

—Si se trata de mis bienhechores—dice Nino refiriéndose a los socios Rollins y Hardin de tan desagradable memoria—, no estoy en casa. Dígalles que vuelvan otro año.

—Si vienen a visitarle no pueden ser otros que sus protectores.

—Entonces, lo que puede hacer es detenerlos, pues son unos ladrones—indica Nino al policía, en la creencia de que se trata de los dos compinches.

Sus últimas palabras han sido escuchadas por Rodowsky y Kraus, que son los visitantes, y para evitar más equivocaciones se apresuran a anunciarse.

—Yo soy Rodowsky.

—Y yo me llamo Nino Maretti. ¡Cuántos deseos tenía de conocerle, admirado maestro!

—Gracias. Vengo a ofrecerle actuación en mi concierto en el Hollywood Teatro.

—¡Pero si no ha reconocido usted mi voz!—se queja Nino.

—¡Chist!—interviene Kraus—. Sí la ha reconocido, pero solamente me lo ha dicho a mí.

—¿Entonces no lo sabe el Inspector?

—Únicamente lo sabemos el maestro y yo. Rodowsky no ha querido delatarle...

—¡Cállate, Kraus! Señor Nino: no sé si estará usted complicado en el robo de las perlas, pero me supongo que no. Y si no he querido reconocer su voz ante la Policía, ha sido para que usted actúe en mi concierto.

—El más grande de los conciertos—alaba Kraus.

—No puedo acceder a sus proposiciones, a no ser que me dé la oportunidad de interpretar en dicho concierto una nueva creación, debida a la compositora Jean Clemens—propone Nino, que ve la ocasión de favorecer a su amada.

—Si ése es el único inconveniente que presenta, es de fácil solución. Déjeme ver esa composición que us-

ted quiere cantar, y si es de mi agrado, ya está todo resuelto.

—Se lo agradezco. ¿Y cuándo saldré de este calabozo?

—Déjelo de mi cuenta—manifiesta Rodowsky mientras se despi- de de Nino.

La influencia del maestro logra que Nino sea puesto en libertad inmediatamente. La premura de tiempo, ya que el concierto se celebra por la noche, impide a éste entrevistarse con Jean, que continúa apesadumbrada por el destino incierto del muchacho.

Por fin, los sueños del tenor italiano tienden a realizarse. El más célebre músico de todo California le invita a ser la primera figura del concierto que se celebra en el Hollywood Teatro, ante una concurrencia de más de veinticinco mil espectadores.

Todas las penalidades y contratiempos sufridos en su corta permanencia en California, le parecen una pesadilla. Además del propio éxito, sonríe satisfecho pensando en la sorpresa de Jean, cuando en el mejor teatro del país, bajo la dirección del maestro Rodowsky y ante un selecto y numeroso público, sea dada a conocer su opereta.

EN EL QUE INTENTA DETENER A NINO, MOMENTOS ANTES DE SALIR A ESCENA

AL inexplicable fallo de Rodowsky, divulgado con amplios comentarios por la prensa diaria, logra desorientar al público, que, si bien está indeciso sobre la personalidad de Nino, se halla completamente convencido de la valía de éste y de sus formidables dotes como cantante.

Una nueva noticia publicitaria, anunciando el concurso del joven tenor italiano en el concierto que celebra el maestro, aviva más la curiosidad por tan insólito caso, y apresura la venta de localidades para la sesión nocturna, despertando una curiosidad general para ver a Nino en escena y ante una magní-

fica orquesta, dirigida por la sabia batuta de Rodowsky.

Las diversas noticias y rumores circulados en las últimas veinticuatro horas no han dejado de extrañar al inspector y detective Flugelman, que, no explicándose la conducta del célebre músico, sospechan de una hábil maniobra de éste, encaminada a silenciar la complicidad de Nino, con tal de hacerle triunfar en el campo lírico.

Para evitarse cualquier contingencia desagradable, deciden montar un servicio especial de vigilancia, permaneciendo secreto, y el cual tratará de averiguar por otros medios, lo que no han podido conseguir con las gestiones hasta el momento realizadas. Es precisamente

Flugelman quien se encuentra más comprometido en el asunto, el que aprovechándose de sus aficiones musicales, vigilará más de cerca a Nino, para ver si mantiene alguna actitud sospechosa.

El inspector Robins se cuidará de vigilar la entrada de los escenarios, a la captura de noticias que puedan ponerle sobre una pista.

Ambos funcionarios desean terminar cuanto antes este desagradable caso del robo de las perlas, que después de haberles proporcionado un sinnúmero de contratiempos, permanece en la oscuridad como en el primer día.

No son los dos citados las únicas personas que manifiestan su intranquilidad, ya que con diversas reacciones, la noticia del debut de Nino ha causado admiración, sorpresa o funestas ideas a los que le han tratado desde su llegada a California.

Nazio Spaghetti, desechado por Rodowsky, no quiere dar crédito a la actuación de su rival en el mejor escenario californiano, y molesto por el desprecio de que ha sido objeto, también intenta tener una entrevista con Nino. Pero como sea que ha transcurrido la mayor parte del día rindiendo cumplidos honores al culto de Baco, su presencia en el teatro no será todo lo correcta que fuere de desear, aunque admirado por el

repentino éxito del tenor italiano decide hacer acto de presencia.

El interés despertado en las dos amigas de Nino, Jean y Nora, ha sido extraordinario. Jean, en un principio satisfecha por la favorable sentencia de Rodowsky, que libraba a Nino de verse en manos de los tribunales, se encuentra ahora perpleja por la agradable noticia, si bien le produce un malestar inexplicable, que ella relaciona con la nueva situación peligrosa que puede acarrearle a Nino el volver nuevamente a cantar, exponiéndose a que se descubra la mentira del maestro, ocasionando una desgracia al muchacho, que ella sería la primera en lamentar, dispuesta como está a confesarle sus verdaderos sentimientos a la primera ocasión.

Y por último son los dos aventureros Rollins y Harding los que trazan nuevos planes para desembarazarse de Nino. En efecto, habiendo salvado la situación peligrosa que representaba la actuación ante el micrófono y que milagrosamente no fué reconocida por Rodowsky, según ellos creen, temen que una repetición pueda serles perniciosa, y sabedores ya del lugar en que pueden hallar a Nino, deciden hacerlo desaparecer.

—Es preciso que esta noche no salga a escena—previene Rollins.

—¿Y cómo lo lograremos?

—Enviando a dos de nuestros hombres con la orden de maniatar a ese muchacho y, amparándose en la agitación que siempre hay en el teatro, se reúnan rápidamente con nosotros.

—Está bien, Harding; voy a darles instrucciones.

—Sí, y tú ten preparado el coche para huir inmediatamente.

Nino, ajeno a todo cuanto sucede, se encuentra en su camerino del Hollywood Teatro, atendiendo a los últimos detalles de su debut. Le acompaña el detective Flugelman, a caza de noticias, que observa con interés a Nino.

—Estoy deseando presentarme ante el público—dice Nino dirigiéndose a Flugelman.

—Es un triunfo debutar con esa música encantadora, con una orquesta dirigida por Rodowsky y con un número superior a veinticinco mil espectadores.

En efecto, el aspecto que presenta el Hollywood Teatro es imponente. Situado en una esplanada y al aire libre, da cabida a una gran cantidad de espectadores. El escenario, formando un arco gigantesco, está totalmente ocupado por una formidable orquesta de profesores, a los que dirige el insuperable León Rodowsky. La multitud atiende silen-

ciosa a los acordes de la música, en espera de que aparezca en escena la desconocida figura de Nino.

—Es una suerte poder actuar con esta música, ¿no?—inquire Nino.

—Desde luego.

Unos golpes dados en la puerta hacen desviar la conversación de los dos, autorizando Nino:

—Adelante.

La delicada silueta de una mujer se perfila en el marco de la puerta del camerino, sorprendiendo a Nino, que corre a su encuentro diciendo:

—Jean, ¡no esperaba verte!

—Quise felicitarte, Nino.

—Te lo agradezco mucho, Jean, y tengo algo que decirte...

—Ahora no. Más tarde. Es preciso que triunfes esta noche. Me voy con Nora a ocupar mis butacas. Adiós, Nino. Mucha suerte.

—Mucha suerte—repite Nora.

Mientras Nino despide a sus dos amigas, el detective Flugelman va curioseando los rincones del camerino, y repara en una carta que lee, aprovechándose de que Nino no puede verle.

—¿Qué significa esto?—interroga victorioso a Nino—. ¿Quiénes son sus bienhechores? Esta carta demuestra bien a las claras su complicidad en el robo de las perlas, y

con toda seguridad está escrita por sus autores.

—Deme esa carta—ordena Nino sorprendido.

—No, primero me explicará quiénes son sus bienhechores.

—No sé de qué me habla.

—No disimule y dígame dónde están sus cómplices.

—Tonterías. Yo no tengo ningún cómplice. Yo soy un cantante que me presento esta noche al público y...

—¡Basta de farsas! Conque Rodowsky nos ha engañado, ¿eh? Sí, ha burlado a la policía no queriendo identificarle para hacerle actuar en su concierto. Para ustedes tengo un departamento en la Jefatura de Policía—dice Flugelman entreviendo la recompensa.

—Oiga, señor Flugelman—intenta calmar Nino, conciliador—; recuerde esta noche que usted es solamente un amante de la música y no un detective. Y en consecuencia se va a abstener de detenerme y me va a dejar cantar ante el público que me espera, ¿no?

—No acepto razones.

—¿Dónde va usted?—pregunta Nino, ante la salida de Flugelman, que se marcha precipitadamente del camerino.

—Voy a avisar al inspector general. Y usted va a venirse conmigo

—contesta Flugelman, volviendo sobre sus pasos y cogiendo a Nino de un brazo.

—¡Déjeme! Usted no es un aficionado a la música. ¡Usted es un monstruo!

Pero son inútiles las protestas de Nino. Flugelman, asiéndole de un brazo, le arrastra hasta el lugar en que se encuentra el inspector. Al ruido de discusiones y voces acude diverso personal del teatro, y Rodowsky, al reconocer la voz de Nino, acude presuroso, temiendo haya sido descubierto el engaño.

—¿Qué ocurre?

—¡Ah, señor Rodowsky! Ocurre que me llevo detenido a Nino por ser el tenor complicado en el robo de las perlas, a pesar de que usted no ha... podido identificarlo—declara el inspector Robins, dando a entender al maestro que conoce la jugada.

—Pero ¿y mi concierto?—reclama éste—. Ahí están esperando más de veinticinco mil espectadores.

—Lo siento, pero me lo llevo ahora mismo.

—¡Mis veinticinco mil espectadores!—se lamenta Nino—. ¡Mi oportunidad de triunfar! Flugelman, recorro a su caballerosidad, Flugelman, a sus aficiones musicales.

—Tenga la bondad de llamarme detective Flugelman—corrige éste.

—Repáre en lo que va a hacer, señor inspector—interviene Rodowsky—; si detiene a este muchacho comete un acto de violencia que repercutirá más tarde en su carrera política.

—Sí, ya lo sé; pero ahora debo cumplir mi obligación. Vámonos.

—Otra vez me alejo del público—lamenta Nino.

—Un momento, un momento. Le propongo una solución muy favorable, inspector Robins—sugiere Rodowsky, viendo el asunto perdido—. Para no faltar a sus obligaciones, deténgale, pero puede hacerlo más tarde, cuando termine su actuación delante del público. Considere la popularidad que esto le hará ganar, al publicarlo los periódicos, y que le valdrá el título del hombre más grande de California.

—Señor inspector—insiste Nino—, yo no tengo que ver nada con el asunto del robo. Fui canallamente engañado por dos desconocidos. Si usted me deja actuar, quizás se le presente una oportunidad de

detenerlos, ya que con toda seguridad acudirán en mi busca, como amenazaban en la carta.

—Esto ya me parece más razonable. ¿Y a usted, Flugelman?

—¿Por qué no?

—Acepto, señor Rodowsky. Pero con la condición de que al terminar el espectáculo, Nino queda detenido, a menos que, como sospecha el señor Maretti, se descubran los autores del robo.

—Muchas gracias, señor inspector.

Rodowsky y Nino se dirigen apresuradamente al escenario. Otra vez la situación de Nino es desesperada, pero cuando menos, ahora tiene la oportunidad de hacer su presentación ante el público y dar a conocer la opereta de Jean.

Mientras tanto, el inspector Robins y el detective Flugelman, movilizan la policía de vigilancia del teatro, en espera de que aparezcan los dos individuos que Nino ha señalado como principales autores del robo, en el que sirvió involuntariamente de cómplice.

SE APRECIA EL ARTE DE UN CANTANTE Y SE APLAUDE A UNA COMPOSITORA

LA casualidad, que ha colocado a Nino en tan apurados trances y difíciles situaciones, haciéndole protagonista de desgraciadas aventuras cuyo punto final es la angustiosa incertidumbre que le espera cuando termine de actuar en el Teatro, quiere favorecerle siquiera una vez, como premio a tantas desventuras.

Y es precisamente cuando Nino abandona el camerino, con un triste estado de ánimo, siguiendo a Flugelman y a punto de ser detenido, el momento que escoge para recompensarle de las fatigas sufridas.

Spaghetti, visiblemente turbado por el alcohol que ha ingerido durante todo el día, se encamina al camerino que Nino ha abandonado

hace unos instantes y dando con su bastón unos golpes en la puerta, profiere insultos a su rival.

—¡Eres un miserable impostor! ¡No sabes cantar y dices que eres un tenor! ¡Ja, ja! Un tenor...

A las voces de Spaghetti, naturalmente, no contesta nadie por hallarse el camerino vacío, y éste se crece ante el silencio que cree observa Nino, y abre violentamente la puerta de un empujón.

—Un tenor—continúa apostrofando Spaghetti—y no sabe cantar. ¡Sal si te atreves! ¡Ah, eres un cobarde, no vale la pena!...

En su estado de embriaguez no advierte la ausencia de Nino, hasta que el inexplicable silencio le hace penetrar en el interior del camerino, y al verlo vacío dice:

—Hum, la estrella ha volado..., pero no importa, esperaré a que vuelva.

Y uniendo la acción a la palabra se deja caer pesadamente en una silla esperando la vuelta de Nino.

Pero no es éste quien primero ha de venir sino los dos secuaces de la banda de Rollins, con instrucciones concretas de apoderarse del que ocupa el camerino.

—Este debe ser el camerino que nos han señalado—explica uno de los dos malhechores—ya que tiene la estrella en la puerta, tal como nos dijeron—indica, mostrándosela a su compañero.

—Exactamente, éstas son las indicaciones que nos han dado.

—¿Viene alguien?

—No veo a nadie.

—Entonces entremos, ya sabes lo que debemos hacer.

—¡Claro que sí! Me presento como periodista y...

—Bueno, está bien; cuando me hagas la señal entraré también yo. Aprisa. No hay tiempo que perder.

—¿Se puede pasar?—interroga, al propio tiempo que da unos golpes en la puerta.

—Adelante—responde Spagnetti desde el interior.

—Vengo del periódico...—comienza a explicar el secuaz de Rollins. Mas al darse cuenta del estado

de embriaguez del que él supone es el hombre que debe llevar a presencia de su jefe, se apresura a avisar a su compañero—. ¡Eh, tú! Ven inmediatamente, que a éste no hay necesidad de atizarle, puesto que está completamente «knock-out».

—Mejor; así tenemos menos trabajo.

—Cógele por las piernas y vámonos en seguida.

La ausencia de fotografías de Nino, no publicadas en la prensa debido a la precipitación con que Rodowsky decidió su actuación, explican la equivocación de los malhechores mandados por Rollins y Harding. Estos están seguros de haber cumplido su misión, por cuanto Spagnetti, en medio de su delirio, producido por el alcohol, comienza a entonar diversos trozos de ópera, diciendo enfáticamente:

—Yo soy el cantante más grande del mundo. El preferido por el gran maestro, por el maestro de los maestros: León Rodowsky.

—Oye, tú, a este pollo hay que darle un golpecito, o de lo contrario va a comprometernos.

—Sacúdeselo—asiente el socio—y para evitar sospechas vamos a salir por la puerta del camerino, llevándolo apoyado entre nosotros dos para evitarnos inconvenientes a la salida.

—Manos a la obra.

Con los brazos por encima de los hombros de los dos socios y balbuciendo palabras confusas, sale Spagnetti del Hollywood Teatro, sin que su actitud de ebrio ponga ningún obstáculo ni sospecha a los que, curiosos, ven la escena.

No obstante, Flugelman, que desde lejos observa salen del camerino de Nino, relaciona la actitud un tanto extraña de aquellos caballeros, con la inexplicable carta que encontró en la mesa de Nino.

Sin tiempo para avisar al inspector Robins, so pena de perder de vista a los sospechosos y abandonando su pasión favorita, la música, emprende la persecución del grupo. Al verse descubiertos, éstos no atienden a las voces que les da Flugelman, y hacen comprender al detective que cuando no quieren hacer caso de sus insinuaciones de que se detengan, algún acto censurable acaban de cometer.

En rápida carrera, a pesar del peso que supone Spagnetti, ganan la salida y el acceso al estacionamiento de los coches, en donde, sirviéndose del primero que encuentran, huyen del Hollywood Teatro.

Pero también Flugelman se apodera de otro coche, y, ayudado por varios policías, emprende la persecución de los malhechores.

Entretanto, comienzan a sonar en el escenario los primeros compases de la orquesta dirigida por Rodowsky. El público, que llena el Teatro, tributa una ovación al genial maestro, y éste, saludando, se adelanta hasta el micrófono instalado al lado de su puesto de director, y anuncia:

—Muchas gracias, muchas gracias. Ahora voy a presentar a ustedes a un nuevo tenor. Su nombre, hoy apenas conocido, pasará mañana a los primeros planos de actualidad. El éxito de esta noche será para Nino Maretti—termina el maestro, mientras señala a Nino, que sale por una de las laterales del escenario entre los murmullos curiosos del público.

Invitado por Rodowsky, se coloca en frente del micrófono. El recinto del Teatro se sume en un silencio emocionante.

Animado por la presencia del maestro, Nino interpreta, sin ningún nerviosismo, una bella melodía que pronto le capta la simpatía de la multitud. La potencia de su voz destaca claramente en diversos momentos de la canción, y convence al público, de que se halla ante un cantante excepcional como hace mucho tiempo no se ha conocido.

La belleza del marco en que se encuentra emplazado el Hollywood Teatro, situado en plena naturaleza,

con las pequeñas colinas que se divisan más allá del escenario, la suave luz de la luna, la melodiosa música de la orquesta y la armoniosa voz del cantante, son factores que influyen en los espectadores, invitándoles a apreciar mejor la grandeza del espectáculo.

Jean y Nora, que por sus cortos medios económicos, ocupan unas butacas bastante alejadas del escenario, comentan en voz baja:

—Este muchacho tiene una voz realmente admirable—alaba Nora.

—Sí, es la misma que conocí yo una noche al pie de nuestra casita—contesta Jean con melancolía.

—No te quejes, Jean; vas a ser la esposa de un hombre famoso.

—¿Yo?

—¡Naturalmente! ¿o es que no quieres a Nino?

—¡Claro que sí! Pero después de lo sucedido...

Los últimos acordes de la orquesta sorprenden a las dos muchachas en esta conversación, mientras que una ovación ensordecedora premia la actuación de Nino. Los entendidos en música consideran lo que representa el talento y las dotes artísticas del muchacho y aplauden frenéticamente, mientras que otros más emocionados lanzan sus sombreros al aire con gritos de júbilo. Nino, desde el escenario, saluda

sonriente, acompañado de Rodowsky cuya satisfacción no es menor, al considerar que ha sido él quien ha descubierto al ya célebre tenor.

Cuando al fin se acallan las manifestaciones de entusiasmo, y previo consentimiento de Rodowsky, Nino se dirige al micrófono y anuncia al público su agradecimiento:

—Señoras y señores, muchas gracias por los aplausos que han concedido a mi actuación. Ahora quiero darles a conocer a ustedes un fragmento de la opereta compuesta por Jean Clemens.

Ante la sorpresa de ésta, los músicos ejecutan el anunciado fragmento, que Nino comienza a cantar con dulce emoción.

Jean permanece en su butaca como hipnotizada, no sabiendo si es sueño o es realidad lo que está oyendo. Después de tantas luchas, su opereta es estrenada con todos los honores en el Hollywood Teatro, y nada menos que bajo la sabia dirección del maestro Rodowsky y cantada por el mejor tenor del mundo. Inmediatamente reconoce que es Nino el autor de tal prodigio, y agradece su acción, bajo el doble aspecto de compositora y de... enamorada.

Aguarda impaciente el fallo que dará el público a su obra, mas sabe que aunque no reciba una entusias-

ta acogida, ha realizado esta noche, el más hermoso de sus sueños; saberse amada por Nino.

Sus pensamientos son paralizados repentinamente por la brusca tempestad de aplausos que acoge el final de la canción y que la obligan a cerrar los ojos, no queriendo exteriorizar la profunda emoción que se apodera de ella. Quiere pasar inadvertida y teme que alguien la reconozca, e intenta evitarlo hundiéndose más y más en el sillón que ocupa, protegida por Nora, que comprende la emoción que domina a su fiel amiga y compañera de penalidades.

Nino y Rodowsky, después del triunfo obtenido, saludan al público y se encaminan hacia el inspector Robins.

—Bien, inspector, ya estoy a su disposición—dice Nino, haciendo una comparación mental de lo paradójico que resulta ser encarcelado la misma noche de haber triunfado y con una acusación que no le permitirá actuar durante mucho tiempo.

—Lo siento, muchacho—murmura emocionado el inspector Robins.

—¡Eh, señor inspector, señor pector, Flugelman le llama al teléfono!—grita un policía desde el interior de una cabina.

—Aguarden un momento, señores—se excusa el inspector.

—¡Qué desgracia la mía!—se queja Nino.

—Animo, señor Marétti, yo le aseguro que me interesaré por usted—consuela Rodowsky.

—Sí, lo creo y se lo agradezco, pero si no se encuentra a los dos individuos que me engañaron...

La inesperada llamada de Flugelman a quien Robins creía en el recinto del Hollywood Teatro, le hace acudir presuroso a la llamada de su subordinado con la esperanza de que éste le aportará nuevas noticias.

—Al habla el inspector Robins. ¿Qué ocurre, Flugelman?

—Hola, jefe. Prepárese a entregarme 25.000 dólares.

—¿Qué?

—Envíe inmediatamente varios agentes. No es nada urgente—contesta Flugelman al otro lado del teléfono, con la cabeza completamente vendada, debido a la lucha que ha sostenido con los secuaces de Rollins y Harding—; pero oiga bien lo que sigue. Están en mi poder los autores del robo del collar de perlas...

—Le felicito, Flugelman. ¿Quiénes son?

—Pues una banda de malhechores, al frente de la cual estaban los socios Rollins y Harding.

—Muy bien, Flugelman. Creo que le ascenderán por este servicio.

—Así lo espero. Oígame..., se me olvidaba. Deje usted en libertad a Nino Maretti, ya que los ladrones han confesado que le llevaron engañado.

—Muchas gracias, muchas gracias—se apresura a contestar Robins, colgando el aparato y como si fuese él, el favorecido.

Contento por el feliz término del enojoso asunto y conquistado por la simpatía de Nino, se apresura a llegar al lugar en donde se encuentra Nino y Rodowsky, y les dice:

—Señores: acaba de telefonear Flugelman, diciéndome que han sido detenidos los culpables del robo del collar y me ha manifestado que en sus declaraciones, los autores han puesto en claro la inocencia del señor Maretti.

—¿Será posible?

—Sí, y en consecuencia queda usted en libertad, señor Maretti, y le ruego perdone las molestias que le hayamos ocasionado.

Sin aguardar a oír las últimas palabras del inspector, Nino y Rodowsky se dirige al escenario en donde todavía se oyen los aplausos del público, que al ver salir nuevamente a sus ídolos prorrumpe en un aplauso más cerrado.

—Silencio, un momento, señores...—pide Nino dirigiéndose a los espectadores.

—Silencio—repite Rodowsky disponiéndose a hablar por el micrófono—. Se ruega a la señorita Jean Clemens, tenga la bondad de subir al escenario.

Jean oye atónita semejante ruego y no se atreve a creer tales palabras de boca de Rodowsky.

—Se ruega a la compositora Jean Clemens—dice nuevamente Rodowsky—, de la cual es el fragmento que se ha interpretado, que tenga la bondad de subir al escenario.

Un relámpago de curiosidad corre entre el público al apreciar la ausencia de la aludida, pero Nora, decidida, y ante la actitud de Jean, la descubre al decirle, alzando la voz algo más de lo normal:

—¿No oyes que te llaman? Atiende la súplica y corre al escenario.

Al reparar en ella los que la rodean aplauden frenéticamente, mientras que Jean no tiene otro remedio que acudir a recibir las manifestaciones de triunfo, al lado de Nino y de Rodowsky.

Mientras el público aclama a las tres figuras que hay en el escenario, Nino se dirige a Jean sin ninguna clase de rodeos:

—Jean, ¿eres feliz?

—Sí, Nino, te agradezco tu acción, pero...

—No sigas, Jean, te comprendo. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Nino!

—Contesta pronto.

—¡Si ha sido siempre mi sueño!

—¡Jean querida!

Y sin reparar que son 25.000 los espectadores que están observando sus movimientos, Nino atrae a Jean

en un fuerte abrazo, que termina en prolongado beso.

Las puertas de la Fama, que en un principio se mostraron infranqueables, se abren de par en par para recibir a la feliz pareja. Hollywood ya no es para ellos una quimera: se ha convertido en realidad. A sus muchos pesares y desengaños, a sus luchas y afanes para llegar a triunfar, se han sucedido en veloz carrera, la Fama, la Gloria y la Fortuna.

FIN

Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

SIEMPRE EN



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Las dos niñas de París	C. Barghon
María Estuardo	K. Hepburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Los dos pilletes	Jacques Tavori
Apuesta de amor	Gené Raymond
La vuelta de Arsenio Lupin	Warren William
Forja de hombres	Mickey Rooney
Héctor Fieramosca	Gino Cervi
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
Bajo el manto de la noche	Edmund Lowe
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Una pareja invisible	C. Bennet
La mujer sin alma	C. Grant
El dominó verde	John Boles
Damas del teatro	Danielle Darriux
El detective y su compañera	Kath. Hepburn
Señorita en desgracia	Zasu Pitts
Los defensores del crimen	Fred Astaire
Una aventura de la Pompadour	Richard Dix
La última avanzada	Kate de Nagi
El poder invisible	Cary Grant
Melodía rota	Boris Karloff
Titanes del mar	Willi Birgel
Las vacaciones del juez Harvey	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Mickey Rooney
María Ilona	Ann Sothorn
Posada Jamaica	Paula Wessely
El caso Vare	Charles Laughton
Pygmalion	Clive Brook
	Leslie Howard

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
La Petenera	Juan Monfort

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
Gloria del Moncayo (Los de Aragón)	M. de Diego
La Dolorosa	Rosita Díaz
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El octavo mandamiento	Lina Yegros
La reina mora	María Arias
La millona	R. de Sentmenat
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
María de la O	Carmen Amaya
Molinos de viento	Pedro Terol
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Aixa	I. Argentina
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Carmen, la de Triana	I. Argentina
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Suspiros de España	Miguel Ligero
Bohemios	Emilia Aliaga
Don Floripondio	Valeriano León
Melodía de arrabal	I. Argentina
En busca de una canción	C. Gardel
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Leyenda rota	Miguel Ligero
El crimen de medianoche	Juan de Orduña
Martingala	Ramón Pereda
Rápteme usted	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mujer fatal	Celia Gámez
Tierra y cielo	R. de Sentmenat
Jai-Alai	Maruchi Fresno
¿Quién me compra un lío?	Inés de Val
La alegría de la huerta	Maruja Tomás
Sol de Valencia	Flora Santacruz
El sobre lacrado	Maruja Gómez
El difunto es un vivo	Luisita Gargallo
	Antonio Vico

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

Imperio Argentina	
Miguel Ligero	
Estrellita Castro	
Shirley Temple	
Alfredo Mayo	

EDITORIAL «ALAS».

PEDIDOS A

Apartado 707.

BARCELONA



3-8.